

# La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 21 DE FEBRERO DE 1910

NÚM. 1.469



EXCMO. SR. D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ

actual presidente del Consejo de Ministros. (De fotografía de Freudenthal, de Zaragoza.)



**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La Alquería de la Fuente*, por B. Morales San Martín. — *Cómo se construye un biplano*. — *Actualidades matritenses*. — *Entierro del conde de Tattenbach*. — D. Carlos Fernández Shaw. — D. Belisario Roldán. — *Barcelona. Las primeras pruebas de aviación efectuadas en España*. — *El hombre-león*. — Vigo. *Incendio del teatro Rosalía de Castro*. — *Esp. céculos*. — *El fantasma de la Opera*, novela ilustrada (continuación). — *El monasterio de San Juan de la Peña, en Aragón*, por Ignacio A. Vicente Cascante. — *París. La parodia de «Chantecler» en el teatro de Ba-ta-clan*.

**Grabados.**— *Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez*. — Dibujo de Calderé que ilustra la tradición *La Alquería de la Fuente*. — *David*, escultura de Carlos van der Stappen. — *Un mercado*, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila. — *La industria de los aeroplanos*, lámina compuesta de seis grabados. — El nuevo ministerio español: *Conde de Romanones* (Instrucción Pública), *General D. Angel Aznar* (Guerra), *D. Diego Arias Miranda* (Marina), *D. Manuel García Prieto* (Estado), *D. Trinitario Ruiz Valarino* (Gracia y Justicia), *D. Eduardo Cobián* (Fomento), *D. Fernando Merino* (Gobernación), *D. Fermín Calbetón* (Hacienda). — *D. José Francos Rodríguez*, alcalde de Madrid. — *D. Buenaventura Muñoz y Rodríguez*, gobernador de Barcelona. — *D. José Roig Bergadá*, alcalde de Barcelona. — *Entierro del conde de Tattenbach*. — *Carlos Fernández Shaw*. — *Belisario Roldán*. — *El incendio*. — *En el jardín*, cuadros de Carlos Vázquez. — *El aviador Mamet y el monoplano Bleriot en Barcelona*. — *El hombre-león*. — Vigo. *Incendio del teatro Rosalía de Castro*. — Dibujos de Ignacio A. Vicente Cascante que ilustran el artículo *El monasterio de San Juan de la Peña*. — Cuatro escenas de la parodia de «Chantecler» en el teatro de Ba-ta-clan.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un género de incompatibilidad física entre amigos, familia, esposos, compañeros de cadena, domicilio, oficina y taller, que da lugar a escenas muy peregrinas, que no hay modo de evitar, ni de remediar. Me refiero a las diferencias irreductibles en los modos de sentir la temperatura. Es imposible avenir a los que siempre tienen frío y a los que tienen calor siempre.

La vida, por esta causa, fácilmente se trueca en infierno. «Sólo con mirar a las oposiciones entre marido y mujer por la cuestión de calor y frío, se justificaría el divorcio—decíame un partidario de las teorías de Naquet.—¿Usted sabe el suplicio que es para el friolero vivir unido a una persona que abre todas las puertas y deja paso libre a las corrientes?»

Por mi parte, siendo del bando de los calurosos, mayor considero la tortura del que, necesitando respirar anchamente, ve que le someten al suplicio de la princesa de Eboli en su prisión: tapiados los huecos, clavado todo cuidadosamente, y por añadidura, una chimenea que echa bombas, llamas y bocanadas de fuego. ¡El horno de los tres niños de Babilonia!

El clima de Madrid podrá ser duro; podrá tener sus sorpresas, sus sobresaltos; pero no es un clima riguroso, ni mucho menos; la nieve cae por excepción dos ó tres días, y eso, no todos los años. No es lógico que en Madrid se extreme la calefacción, como si estuviésemos en San Petersburgo. En Madrid, mientras el sol entra en las habitaciones, ninguna falta hace ni aun encender.

Sin embargo, ello es que se ha puesto de moda tener las casas a un temple que a las márgenes de la Neva ó del Volga estaría justificado. Y he aquí la consecuencia. A los cinco minutos de reunirse la gente en una casa, empieza el coro de los que se asfixian:

- Esto no puede aguantarse.
- ¡Uf! ¡Qué sofoquina! Voy a quitarme el boa.
- Otro día vengo escotada, con un tul.
- ¿Nos prestaría la dueña de la casa un abanico?
- Salgámonos un momento a la antesala, a ver si está algo menos imposible.
- ¡Atiza! ¡Pues si en la antesala hay una chuberski que parece la caldera de un vapor!
- Yo lo que haré será irme a la calle, con disimulo, así que pueda.
- ¡Ya! Pero mucho cuidado con la salidita.
- Mientras los que tienen provisión de calórico hablan así, entre resoplidos y angustias respiratorias, los frioleros suspiran de bienestar, sonriendo a la temperatura, propia de criadero de gusanos de seda.
- Esta casa encuentro que está como debieran estar todas.
- ¡Qué agradable! ¿Verdad?
- Una delicia. Y todo igual, antesala, salones, comedor...
- No perderé una de las reuniones. Es que en otros sitios se tiritan.
- Yo me acataré en casa de X...

—Yo pesqué la gripe en la dichosa comidita de los de K...

—Al menos aquí puede uno quitarse el abrigo...

—¡Ya lo creo! ¡Muy, muy confortable!

—Usted habrá oído repetir esa vulgaridad de que es malo salir al frío desde una habitación muy caliente. Pues lo positivo es todo lo contrario: llevando buena provisión de calor, se opone resistencia al frío de la calle. Es la teoría de los ingleses.

—¡No me diga usted más!

Entre este remolino de opiniones opuestas, la dueña de la casa sufre. No sabe la pobre señora qué hacer, si añadir una estufa ó apagar dos. Nota cierta animosidad en frases que coge al vuelo. Si la aprueban los calurosos, la reprueban los glaciales. Yo conozco señora que, por conciliarlo todo, ha resuelto calentar fuerte media casa y dejar en primavera fresca la otra mitad. Y las mesas de bridge se arreglan según la resistencia al frío de los *partners*. «Usted, que prefiere asarse, con Fulanita, Menganita y Perenganito, que les pasa igual. Usted, que le horrorizan las estufas, con el ministro de H... y el conde de L..., que les sucede lo propio...»

Y cuando, una mañana, corre la voz de que una persona conocida—una de las que componen el bicentenario escaso siempre en danza y siempre en juego—ha caído gravemente enferma, de una de estas dolencias estacionales que no suelen perdonar—pleuresía, bronco neumonía, pulmonía doble, gripe infecciosa, etc.—la gente, sin tardanza, se da á buscar el origen del mal en un incidente de temperatura.

—Fué que asistió al bridge del domingo en casa de Altocuetto, y á la salida, ¡como allí calientan con tal furia!

—¡Quiá, no, señor! Donde pescó eso fué almorzando con los Hondovalle; allí la temperatura es la misma que en Cercedilla al aire libre y á media noche.

—Créame usted, son temibles las salamandras.

—Lo temible es helarse.

Lo que no dice ninguno de los discutidores es que, probablemente, ni el frío ni el calor tienen la culpa; la tiene la civilización, el *confort* exagerado, que extrema y agudiza las sensaciones y obliga á exagerarlo todo, á dislocar la existencia. Hay padecimientos que seguramente son obra de la civilización, y el hombre, en contacto directo con la naturaleza, el hombre muy saturado de aire libre y puro, no los conoce. La inclemencia del cielo, durante algún tiempo del año, es quizás una de las condiciones necesarias de nuestro vivir, y querer suprimir el invierno lo considero muy absurdo.

Se ha dado el caso, en esta campaña de Melilla, de que personas enfermas y débiles en España se pusieron buenas ó mejoraron entre las privaciones y fatigas de la ruda vida del campamento. ¿Qué explicación tiene el hecho, sino la de que salieron de los artificios de la civilización y el *confort*, y respiraron mejor é hicieron más ejercicio?

El aire libre parece ser, para los madrileños, una especie de enemigo personal. Cuantas referencias se hacen á él, son avisos para ponerse en guardia. «¡Cuidado, que sopla un remusguillo!—Embozarse, que viene barbero.—Abrigarse, que hace fresquete.—No se ponga ahí, que entra corriente...» Este sistema preventivo contra el aire es casi toda la higiene matritense. El madrileño piensa poco en bañarse, poco en la nutrición de su cuerpo, poco en el sistema que lo podría fortalecer: sus precauciones se reducen á discurrir cómo se resguardará del pícaro aire...

Me ha contado un amigo, empleado en una oficina, que hay que oír los gritos que pusieron en el cielo sus compañeros un día en que él, queriendo renovar el aire, abrió una ventana... Es de advertir que toda la oficina estaba más ó menos acatarrada, y el coro de toses, estornudos, gargajeos y carraspeas imponía. Mi amigo, hombre de ideas amplias, trató de demostrarles que hallándose ya enfermos de las vías respiratorias, lo que les convenía era no aspirar aire viciado... Se le echaron encima, coléricos. «¿Y la pulmonía, señor mío? ¿Y la bronquitis capilar?» Tuvo que cerrar otra vez, mientras los burócratas, temblones, se arribaban á la estufa ó se envolvían en la pañosa... Yo, después de todo, no había menester este documento sobre la higiene de los habitantes de la villa y corte, porque, en el Ateneo, había notado el mismo horror á las corrientes, la misma repugnancia á las ventanas abiertas, la misma tolerancia del ambiente grueso y pesado, impurificado por la respiración de muchas personas reunidas, que acaban por respirarse á sí mismas, ó al menos el humo de su tabaco, cargado de nicotina y de miasmas. Este era el verdadero inconveniente de la famosa Cacharrería. Ni las discusiones, ni las opinio-

nes audaces. Que los pulmones no hallaban modo de funcionar.

Confieso que este fenómeno, en el Ateneo, centro de la intelectualidad española, no dejaba de sorprenderme. Porque aquellos señores que, una tarde tras otra, se encerraban en una habitación no muy grande, calentada en demasía y sin ventilación, y aún conservaban el sombrero puesto y arrollada la chalina, cansados estaban de saber que hacían todo lo posible para que les cayese un premiecillo en el sorteo de doña Pulmonía, señora y tirana de la corte en invierno y aun en primavera y quizás en otoño... Y sin embargo, allí se aguantaban tan contentos, discutiendo, excitando los bronquios y la garganta, como llamando al sutil microbio para que acudiese solícito...

La misma observación que en el Ateneo hice en el Congreso. Ese edificio pésimamente concebido, sin ventanas—en el sentido higiénico de la palabra—y en cuya pesada decoración de terciopelos el polvo tiene semiseccular domicilio; ese antro lóbrego, ahumado, amazotado como nuestra política, es un hermoso criadero de pulmonías infecciosas. No se concibe que siendo cosa tan fácil ventilar el Congreso desde arriba, el intentar hacerlo parezca una especie de sacrilegio. Recuerdo que muchas veces, la señora de Vinyals, que padecía de ahogos, y yo, que adoro el aire libre, inventamos órdenes del presidente para que se abriesen los ventiladores de la techumbre y una ráfaga viva y fresca penetrase en aquel recinto sofocado, donde se mascaba un espesor de frases, chismorreos y cóleras aparentes, resueltas al medio minuto en apretones de manos entre «particulares amigos.» En las tribunas, ideadas por el genio de la incomodidad, se sudaba la gota gorda, y yo pensaba: ¿no es cierto que el Congreso y el Ateneo debieran ser dos escuelas de higiene, dos casas en que se viva según los últimos adelantos de la ciencia?

\* \*

Está visto: ni los ateneístas, ni los diputados tienen cariño á su pellejo. Y lo mismo les sucede á los demás habitantes de esta del madroño, que se pasan tardes y noches en los sitios más á propósito para pescarla: los calés, los teatruchos... Sitios donde flotan los microbios en su propia salsa, y el olor humano se agarra á la garganta como garrapata tenaz.

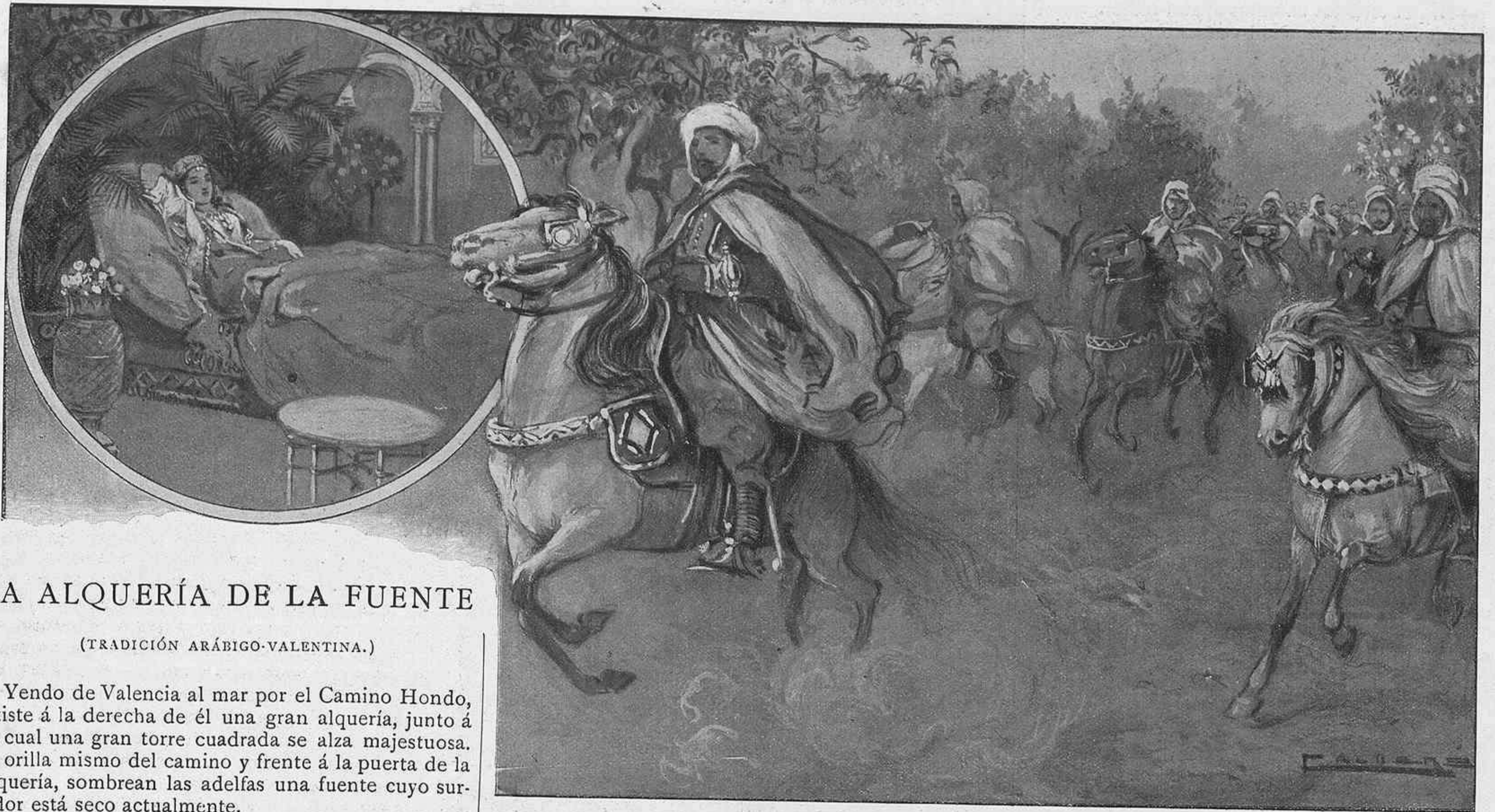
No lo dudéis: antaño los catarros serían patrimonio de la ancianidad: hoy, joven ó viejo, puede que no exista en Madrid quien no esté acatarrado. Ved el desarrollo que ha adquirido la importante industria de las pastillas cuyo lema es el célebre y castizo consejo: «*Si toséis, toméis.*» Las marcas se multiplican, los programas y anuncios son seductores: á los tres días estaréis curado, es infalible. Pastillas, jarabes, píldoras, polvos, tabletas, cápsulas, vinos, parches... Yo os digo en verdad que no creo en esas mojangas. No hay, para los órganos respiratorios, más remedio seguro que el aire libre, y si puede ser, respirado en un pinar, al pie de una encina, en un picacho de la sierra. El catarro es enfermedad de civilización, de ciudad, de artificio. Los pueblos primitivos la han ignorado.

Saco en consecuencia: que es preciso moderar la calefacción exagerada, y establecer un término medio señalado por el termómetro; que la camilla y el brasero de nuestros abuelos no eran tan malos; que es preciso abrir mucho las ventanas; que no estamos en los dominios del zar de todas las Rusias, y que pertenecemos al partido de las amigas del frío, con tal que no sea demasiado...

En los sanatorios de Suiza, el frío es un activo agente terapéutico. Los enfermos del pecho se pasan el día y á veces la noche en grandes galerías abiertas sobre el paisaje nevado, á la temperatura que es de suponer. Les envuelven lanudas y mullidas mantas; les cobija un sillón; pero sus pulmones están en contacto directo con el aire vivificante y acerado de las altas cimas y los ventisqueros puros, blancos, celestiales. Y si no todos los enfermos del pecho curan, por lo menos ninguno conoce allí las infecciones de la civilización. No se respira el catarro, la angina, la neumonía, la meningitis gripal,—estos extraños males que acabo de ver pasar, guadaña en mano, sobre Madrid lleno de estufas y envuelto en pieles...

Vendrá un día en que la excesiva sensualidad de nuestra época sea estudiada, condenada y proscrita; en que la vida natural, humilde, se rehabilite y se recomiende; en que, así como el abuso del pensamiento habrá traído el caos, la exaltación del *confort* habrá convertido á la humanidad en una maraña de lombrices... Y entonces se iniciará la revolución de la sencillez.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



## LA ALQUERÍA DE LA FUENTE

(TRADICIÓN ARÁBIGO-VALENTINA.)

Yendo de Valencia al mar por el Camino Hondo, existe á la derecha de él una gran alquería, junto á la cual una gran torre cuadrada se alza majestuosa. A orilla mismo del camino y frente á la puerta de la alquería, sombrean las adelfas una fuente cuyo surtidor está seco actualmente.

Antes manaba abundante y fresca agua. Todos los campesinos ignoran por qué se ha perdido manantial tan precioso. Indagando la causa tropecé con una poética tradición árabe que lo explica todo. El agua no nacía al pie de la alquería. Venía de muy lejos por un conducto subterráneo. Se hicieron obras para aprovechamiento de aguas allá en el punto ignorado donde nacía, y la fuente de la alquería se secó.

¿Quién trajo, y por qué, el agua á la *Alquería de la Fuente*? La tradición se remonta á los tiempos en que almorávides y almohades se disputaban la supremacía de Valencia, y es ésta.

### I

Zirhab refrenó su alazán, que piafó inquieto, y el pequeño ejército de servidores que le seguían detuvieron el paso de sus cabalgaduras, quedando como clavadas en medio del angosto caminejo bordeado de fértiles huertas y bosquecillos de frutales.

Comenzaba á amanecer. Por Oriente, adonde Zirhab se encaminaba, brillaban nacaradas y violáceas las luces del alba sobre la ancha cinta bruñida del mar. Ligera y fresca brisa marina llegaba hasta las huertas, oreándolas y meciendo el cargado ramaje de los frutales.

El susurro dulce y misterioso de la brisa era suave ritmo sobre el que se destacaba una voz femenil cantando mejor que recitando «el azohbi,» la oración del alba.

Aquella voz detuvo á Zirhab, quien, pasando la enguantada mano por el cuello de su alazán, dijo casi en voz alta:

—¡Hermosa mujer será la que posee voz tan dulce y conmovedora! ¡Quizá una huri del Paraíso del Profeta!; y sus ojos negros y brillantes buscaban inquietos por dónde la voz sonaba, tropezando su mirada con la mole que una alquería y una torre formaban á la derecha del camino. Y el altivo Zirhab llamó á su esclavo más fiel, que al frente de sus servidores le seguía siempre:

—¡Asam! A nuestra vuelta adelántate y pedirás en esa alquería hospitalidad y una taza de agua para Zirhab ar-Rusafi. ¡Quiero conocer á esa mujer!

Y clavando de súbito en los ijares del poderoso bruto los acicates, hízole dar un salto, y la cabalgada le siguió, perdiéndose en dirección á la playa.

La voz que en uno de los ajimeces de la torre de la alquería rezaba, interrumpió su plegaria, distraída por el trote de los caballos.

—¡Es él, es Zirhab, el poderoso y el espléndido, el caballero poeta, el opulento mercader, el guerrero indomable! ¡Aláh le acompañe y el Profeta lo traiga á mis pies!

Y la voz femenil recomenzó la oración del alba con alguna turbación, delatada por el temblor de su timbre argentino y el anheloso palpitar de un seno magnífico.

Reposaba sobre rojos cojines de damasco valencianos una hermosa joven

### II

Despachó aquel día el poeta-mercader, antes que otros con los marineros y mercaderes del puerto que de Oriente le traían las ricas telas que él vendía en su bazar de Valencia; y dispuestas las mercaderías en mulos cargados á jalma y custodiados por un ejército de esclavos, emprendió el regreso á la ciudad.

Espoleaba á su alazán, inocente víctima de su impaciencia, complaciéndose en irritarle y en domeñar sus arranques. A poco de dejar la playa y de internarse por las huertas apareció Asam ante él. Radiaban júbilo sus ojos y sonreía el esclavo enseñando sus blancos caninos de león africano.

—¡Mensajero eres de dicha, Asam! ¡Habla!, exclamó Zirhab, tonante y orgulloso.

—¡Sí, poderoso señor! La ventura te sonríe. En la alquería tienes preparada cariñosa hospitalidad; en ella te esperan los ojos de Subh, que no son «luz de la mañana,» como éste nombre quiere decir, sino fuego del sol del desierto, que quema cuanto mira...

Y tras breve galope llegaron á la alquería; desmontaron quedó Asam teniendo los potros de las bridas y Zirhab dirigióse hacia la casa. En el ustuván (zaguán) esperaba un viejo servidor que se inclinó haciéndole tres zalemas y diciendo:

—Seas bien venido á la casa de mi señora Subh... Sígueme... Ella te espera.

Y penetraron los dos en la alquería. Llegaron al salca ó patio interior, levantó el anciano un pesado tapiz y se inclinó.

Zirhab pasó y se detuvo asombrado.

En el centro del patio de mármoles reposaba sobre rojos cojines de damasco valencianos una hermosa joven cuyas perfecciones sobrepujaban unas á otras, celosas de sí mismas. Grandes macetas con arrayanes, rosales, naranjos y palmas formaban un lindo bosquecillo á su alrededor. En los cuatro ángulos del patio crecían jazmines que trepaban por las ligeras columnillas, sostén de recortados y policromados arcos. No percibía Zirhab otro perfume que el de las flores que se abrían espléndidas y magníficas. Un toldo listado de blanco y rosa con franjas verdes cubría el patio y cernía la luz del sol.

Todo lo abarcó Zirhab con una rápida ojeada; pero sus ojos tornáronse hacia la bella y se fijaron con sed de amores en Subh.

Adelantóse, é inclinándose murmuró turbado, á pesar de su ingénita arrogancia:

—Señora... Aláh me conduce al Paraíso al traerme á tu casa... Mi asombro es grande porque hasta hoy he ignorado que esta almunia guardaba flor tan bella... Feliz el mortal á quien tu corazón ame...

—Señor..., llega y descansa. El calor habrá secado tus fauces y la fatiga habrá rendido tus miembros en la playa vecina...

Y le tendió su mano, que Zirhab besó respetuoso y admirado, dudando si fué una mano delicada lo que besó ó un ramo de jazmines.

Penetraron en aquel momento dos esclavas, trayendo varias cestas de mimbres con frutas jugosas y coloreadas que ofrecieron al caballero.

—Perdona que no te ofrezca agua... Come de estas frescas frutas mientras la trae un esclavo que partió por ella apenas Asam anunció tu visita. Está la fuente algo lejos, pero llegará fresca en los odres.

—¡Cómo!.. ¿No tenéis agua en la alquería?, preguntó extrañado el huésped.

—La que traen las acequias para el riego de la almunia, y la que recogemos en la cisterna para calmar nuestra sed... Este año hubo sequía, hemos agotado el agua de la cisterna y mi esclavo la trae en odres...

No contestó Zirhab al pronto, algo preocupado. Pero después interrogó:

—¿Dónde tomas el baño, pues?

—Voy á la ciudad á menudo...

—Es muy grande molestia para una dama... Además, los baños públicos..., murmuró Zirhab, celoso ya de que alguien que no fuese él pudiera admirar los encantos de Subh; y no se habló más de aquel asunto.

Entró un esclavo sudoroso y fatigado en tal momento, trayendo rebosantes búcaros dorados, y bebió ansioso Zirhab el agua fresca y cristalina.

Después del sabroso refrigerio explicó, disculpándose elocuentemente, su audacia de pedir hospitalidad en la alquería, por estar necesitado aquel día de un ligero descanso al volver á la ciudad. Prometió volver, trayéndole ricos presentes en pago de su generoso hospedaje; ofrecióle su casa de Valencia, donde podía descansar cuando fuera á los baños, y Subh á su vez le ofreció la alquería para su descanso cuantas veces viniera Zirhab á la vecina playa.

Despidiéronse. Partió el caballero dejándose prendido el corazón entre las enredaderas de jazmines de Subh, pero llevándose el corazón de ésta, en cambio, prendido entre los pliegues de su alma...

### III

Fueron frecuentes los descansos de Zirhab en la alquería de Subh. El caballero encontró siempre agua fresca en los dorados búcaros, porque un esclavo suyo llevaba todos los días dos odres llenos á la alquería, desde la Rusafa, en donde nacían famosas fuentes, propiedad del caballero. Y tanto fueron y vinieron los odres, que un día Zirhab, loco de amor, pidió á Subh sus favores, poniendo á sus pies ricas joyas, tesoros de pedrería y suntuosas telas que no tentaron la codicia de la bella señora de la almunia, porque era honrada y nada codiciosa. Y contestó al audaz Zirhab:

—Ni por torcidos caminos ni aun pidiéndome por esposa lograrás tu capricho, magnífico señor. Yo que también te amo, te daré mi mano el día en que seas otro; cuando una acción grande y generosa te haya redimido de tu pasado pendenciero y cruel. Conozco tu vida... Has sido sanguinario con tus enemigos; y el bando que acaudillas terror hasta de quienes no toman partido por almoravides ó almohades. Yo soy huérfana porque mi padre y señor fué víctima inocente de vuestras eternas disensiones, que acabarán el día en que los cristianos nos arrojen á todos de esta hermosa tierra. Si anhelas mi amor trae á esta alquería las aguas de las fuentes de tu Rusafa, y ese día Subh será tuya...

—¡Si no es más que eso..., las tendrás gentil Subh..., aunque para ello tengan que venir antes á la alquería arroyos de sangre de quienes se opondrán á mi obra!..

—¡Te pedía, Zirhab, una acción noble y generosa y no un río de sangre! ¡Quiero que tu obra así de paz! Sólo así te daré mi mano. El acueducto que de tus fuentes ha de venir á mi alquería no ha de costar una gota de sangre... Renuncia á Subh si por la violencia has de triunfar en tu empeño...

—¡Como quieres será, dulce y bondadosa señora! ¡Zirhab lo jura por Aláh y por tú espléndida belleza. ¡No darás tu mano á otro antes de acabar mi obra?

—¡Juro por Aláh ser tuya si sobre tu obra no cae una gota de la sangre generosa de los hijos del Profeta!..

—Adiós, pues. Serás mi esposa...

Y besando emocionado la mano de jazmines que Subh le tendía, salió dispuesto á cumplir la palabra empeñada.

## IV

El guerrero se convirtió en diplomático y el secuaz inquieto y feroz fué otro. Un antojo cambiado en pasión devoradora y ésta trocada en purísimo sentimiento dulcificaron su carácter, convirtiéndole en cariñoso bienhechor de sus semejantes. Tenaz y porfiado comenzó las obras de su famoso acueducto, y las siguió sin otras armas que su elocuencia y su oro para vencer los obstáculos que se oponían á ellas.

Dos años duraron éstas, tiempo suficiente para que Subh pudiese contrastar si el afecto de Zirhab era un capricho ó un sentimiento duradero; y el agua de las fuentes del poeta-mercader llegaron á la alquería sin haberse derramado una gota de sangre, cosa que pareció milagrosa á los propios amigos y enemigos de Zirhab en aquella época de continuas revueltas y algaradas.

La boda se celebró el mismo día que corrieron las aguas, y la alquería, convertida en residencia de verano de los jóvenes esposos, tuvo fuentes, baños, estanques y cuanto deseó la experta Subh, que conquistó con su talento y su bondad para el bien á un corazón indómito y sanguinario.

Esta es la tradición. Ni puedo ofrecer relato más sencillo ni más poético á mis lectores. Es tan natural y posible lo narrado en ella, que no sólo tengo la tradición de *La alquería de la Fuente* como verídica, sino casi como historia verdadera. Me fuerza á ello la elocuente lección que encierra para todas las razas y para todos los tiempos. Además, he conocido la fuente, he visto restos del acueducto árabe que conducía las aguas y he oído la tradición de boca de los mismos habitantes de la alquería, cuyos antecesores han venido



David, escultura de Carlos van der Stappen (Exposición de Arte belga celebrada en Berlín en 1909)

siempre habitándola y transmitiendo de padres á hijos la poética y conmovedora historia de los amores de la gentil Subh y el caballero Zirhab.

B. MORALES SAN MARTÍN.

(Dibujo de Calderé.)



Un mercado, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila, propiedad del Sr. Buxareu Orive, de Montevideo

#### CÓMO SE CONSTRUYE UN BIPLANO

Tomando como tipo para nuestra descripción un biplano Voisin, diremos que el aparato se compone

de una gran celda de 10 metros de largo y de otra más pequeña, la de popa, de 2'50 metros, unida á aquélla por medio de una viga de ancha sección.

En el centro y debajo de la primera está el *fuselage*, cuerpo cuadrangular que lleva en su parte anterior el equilibrador ó timón de altura y va colocado sobre el marco de rodadura que permite al aeroplano tomar carrera antes de elevarse. El piloto, colocado en el centro del fuselage, tiene delante el volante único que gobierna el equilibrador de proa y el timón de dirección fijado en la celda trasera.

Colocados sobre caballetes dos tirantes de 10 metros, los montadores fijan en sitios preparados los listones maestros en forma de T destinados á mantener invariable la separación entre los tirantes. En los puntos de cruce de las T y los tirantes hay empernados enlaces de aluminio que sostendrán los montantes.

Preparado este gran marco, se quitan los enlaces y los listones en T y se coloca sobre los tirantes la tela engomada que lleva unas vainas cosidas, en las cuales se introducen los listones, y otras más pequeñas en las que se meten unas curvas más ligeras destinadas á dar á la superficie la curvatura antero posterior que el constructor desea. Esta superficie, ya bien tensa y armada de travesaños de alambre de acero, constituye uno de los planos de la celda grande.

Hecho esto, se fijan en los enlaces de aluminio los montantes que han de unir los dos planos, se coloca sobre ellos el plano superior y se da rigidez á la celda por medio de travesaños de acero, entre los que hay intercalados tensores de tornillo para graduar la tensión del conjunto.

La celda posterior, construída de un modo análogo, se une á la anterior por medio de cuatro vigas fijadas sobre los montantes y unidas por tirantes atiesados por alambres de acero.

Este sistema de construcción se aplica también al *fuselage*, compuesto de cuatro tirantes de fresno reunidos por los montantes y los travesaños, y que lleva en su parte posterior un falso marco de plancha de hierro ahuecada, sobre el cual se coloca, debidamente asegurado con pernos, el motor.

El marco de rodadura está formado por tubos de níquel, y una armazón de alambres de acero le da la rigidez necesaria para soportar los 600 ó 700 kilogramos de peso del aeroplano, aun en los descensos más bruscos, sin que el choque con el suelo perjudique al aparato.

La hélice es una de las partes del aeroplano más difíciles de construir; compónese de un cubo de acero y de dos brazos también de acero, en los que van remachadas las palas, que son de plancha de aluminio.

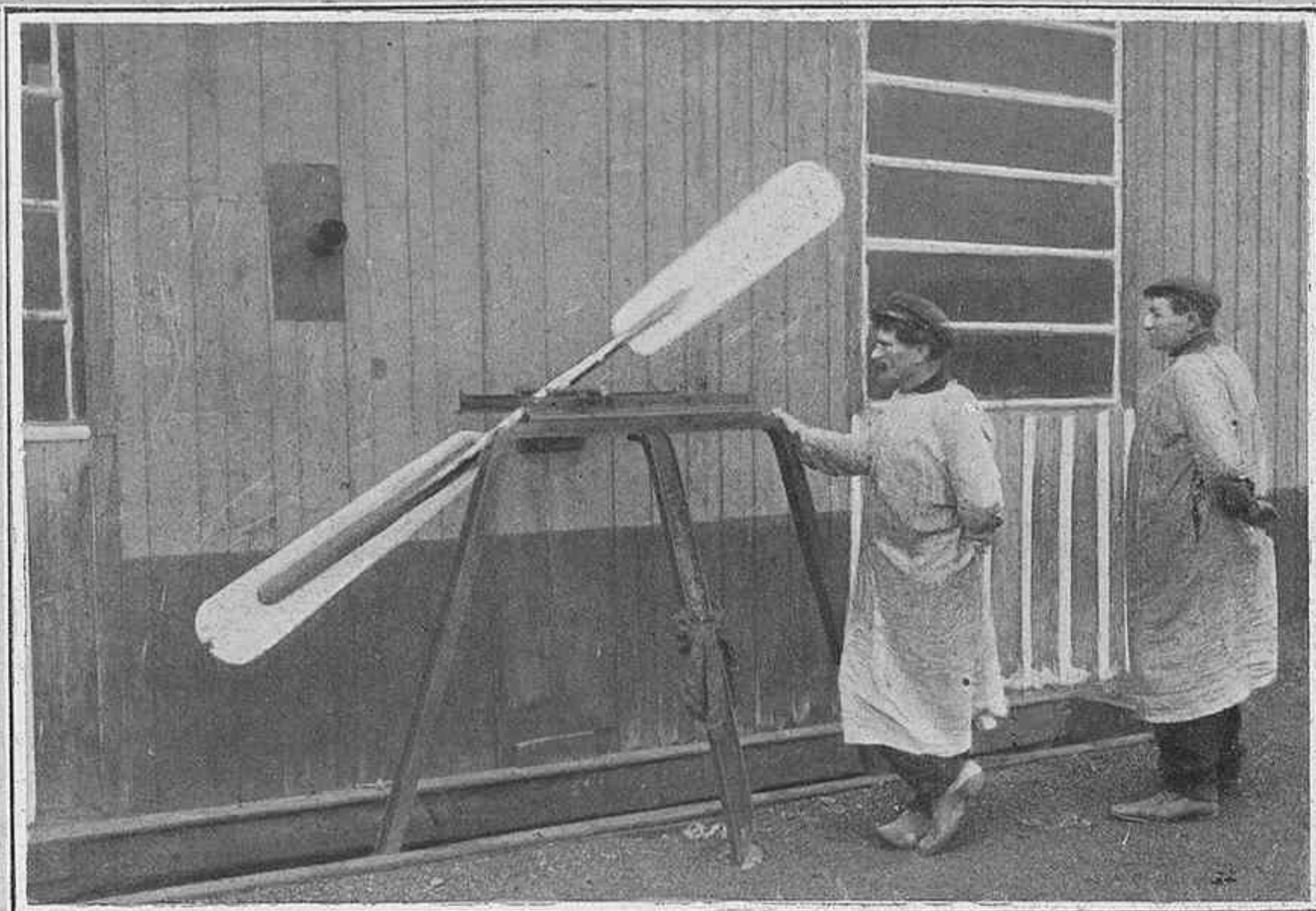
El eje, forjado al martinete pilón, es luego repasado al torno; después se alisa el árbol motor y las piezas que llevarán los brazos. Estos son forjados con un cuidado especial, torneados y fileteados para ser fijados en el eje.

Las palas de aluminio laminado son repasadas para hacer su arista cortante, ahuecadas al martillo y por último remachadas en los brazos.

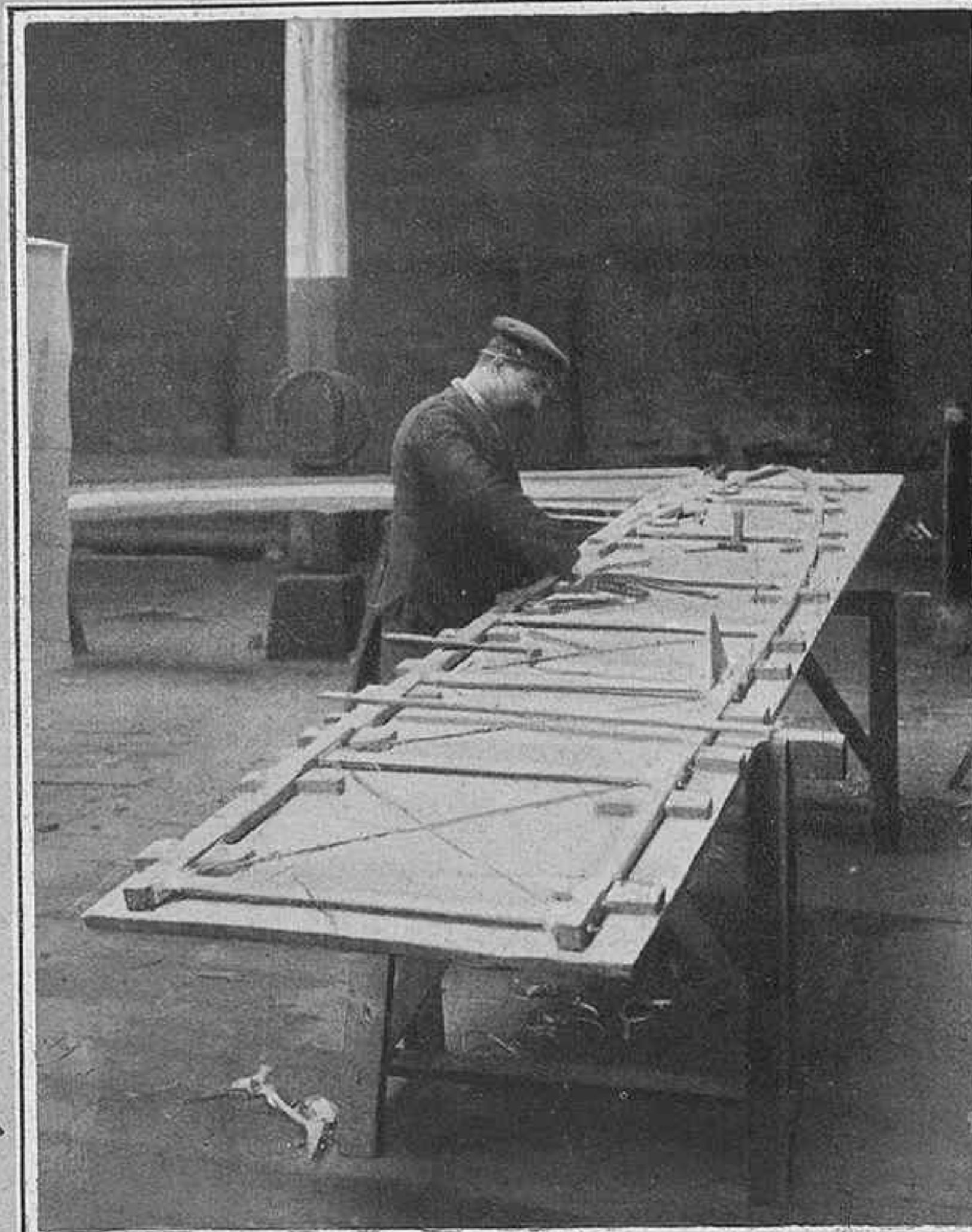
Una vez montada la hélice, se procede á la operación de equilibrarla de modo que se evite toda vibración, sea cual fuere la velo-

cidad de rotación, pasando luego á la comprobación, que hacen el ingeniero y el contraataca, quedando ya dispuesta para animar las alas del aeroplano.—S.

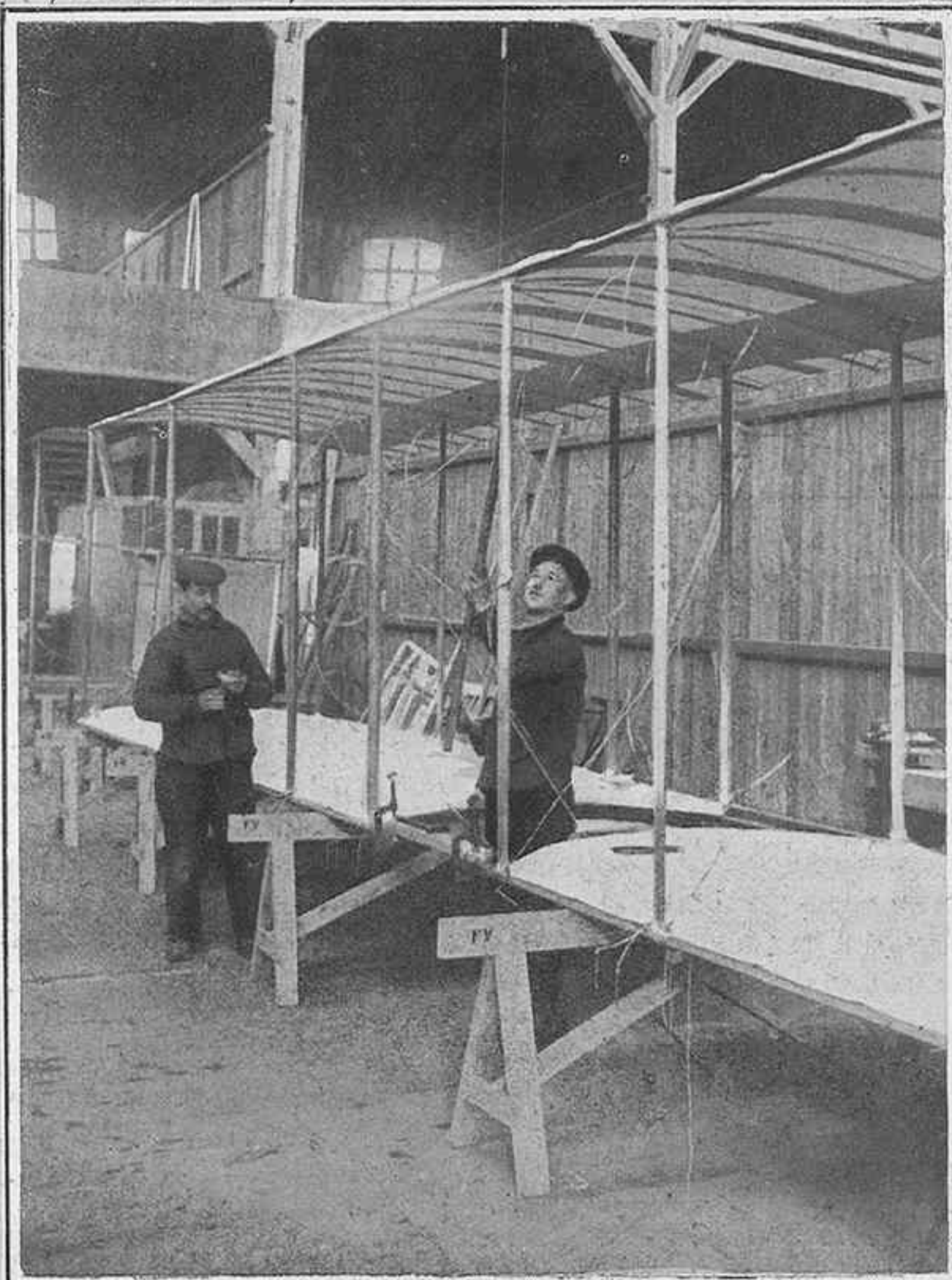
# LA INDUSTRIA DE LOS AEROPLANOS



*Operación de equilibrar la hélice sobre los cuchillos.*

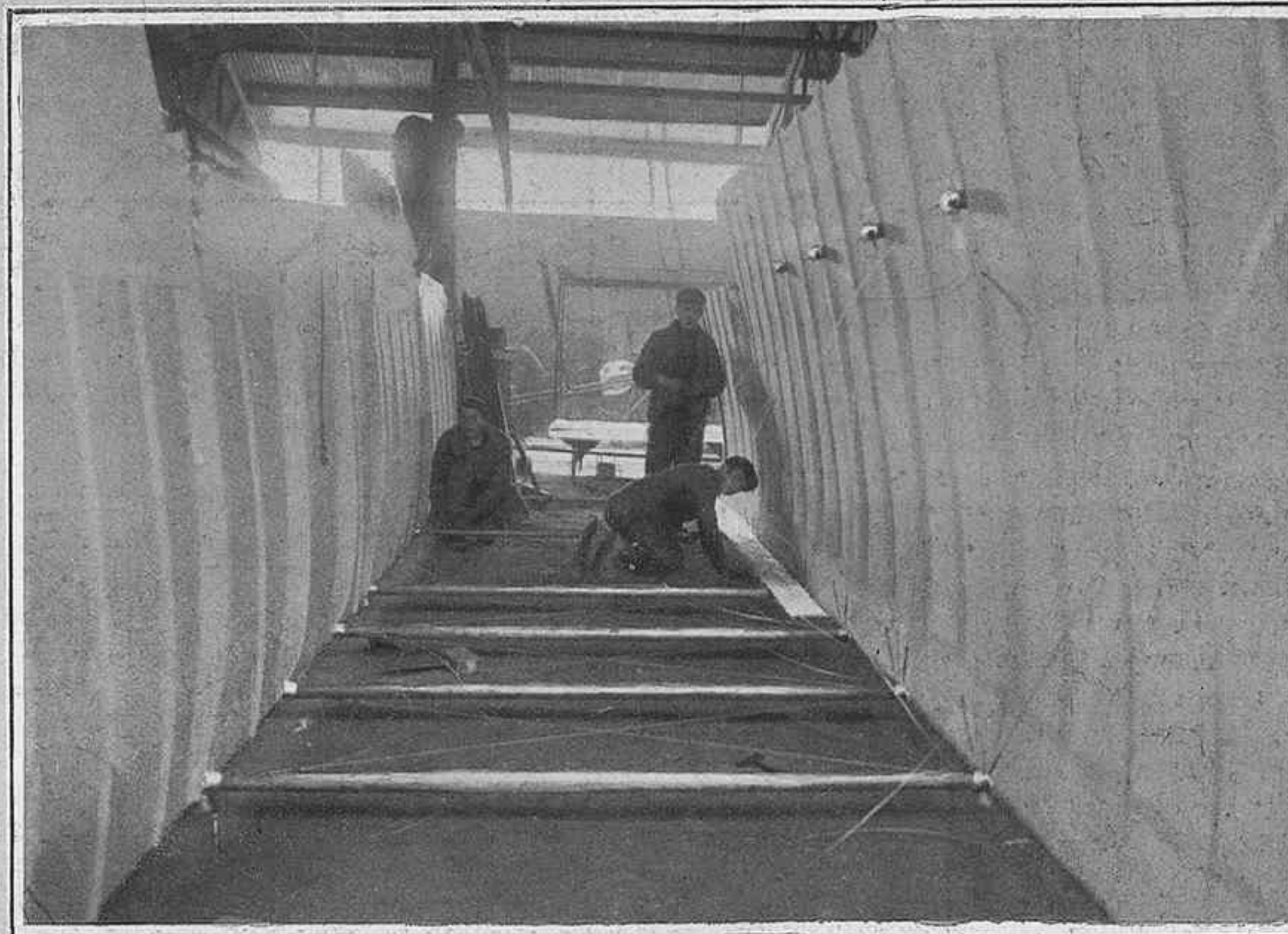


*Una de las partes de la armazón puesta sobre los caballetes.*

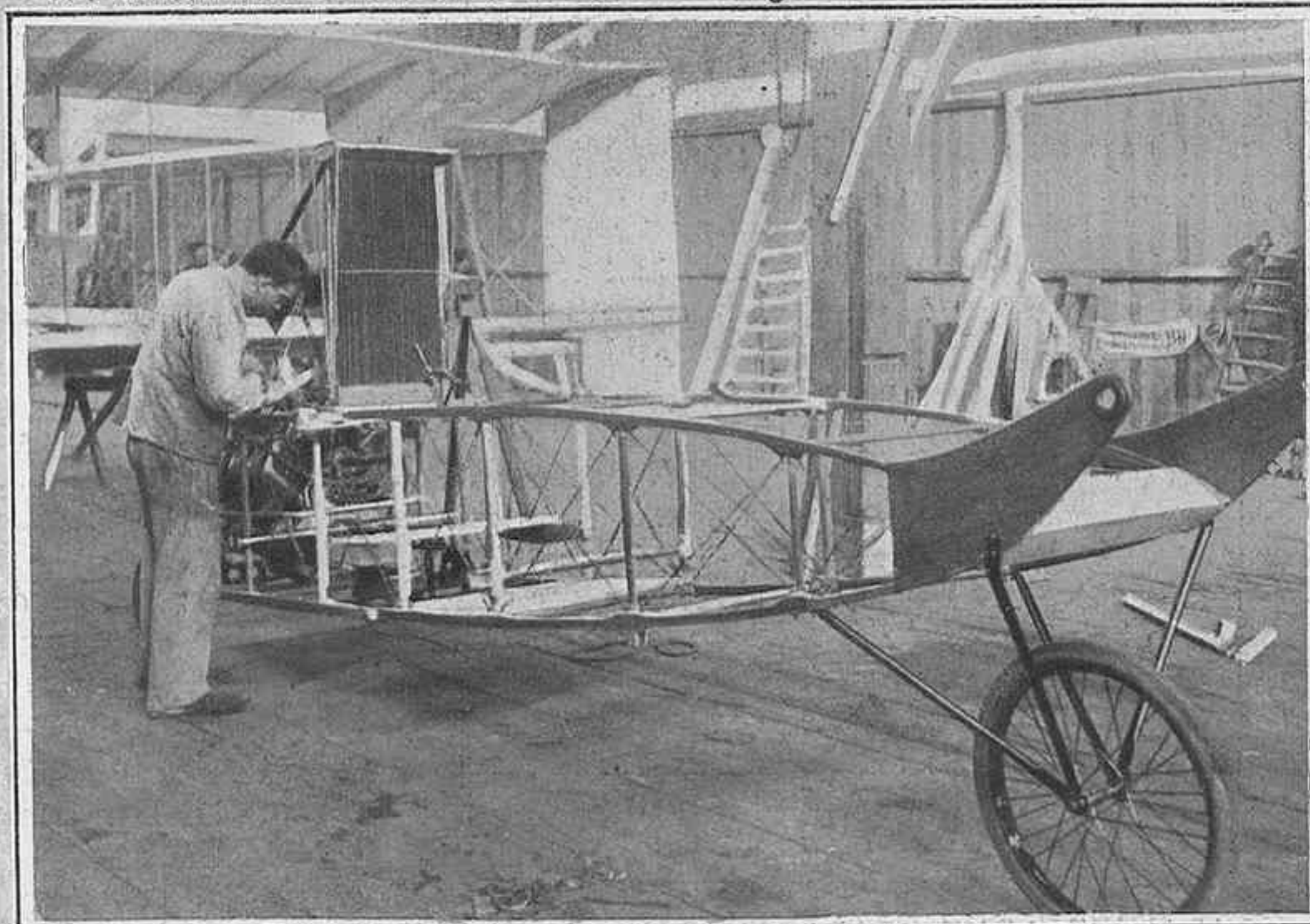


*Colocación de los tensores en una celda grande.*

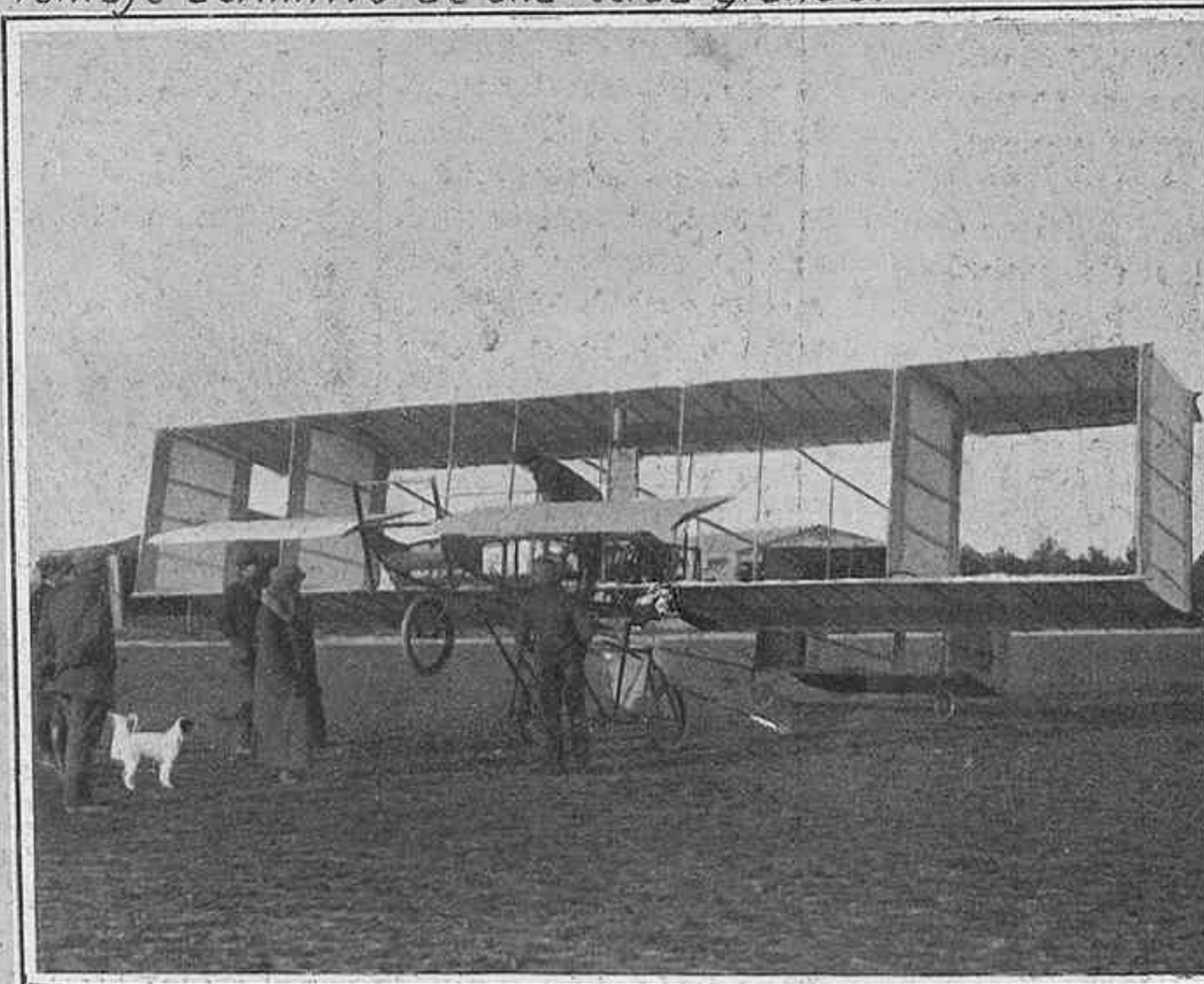
## CÓMO SE CONSTRUYE UN BIPLANO



*Montaje definitivo de una celda grande.*



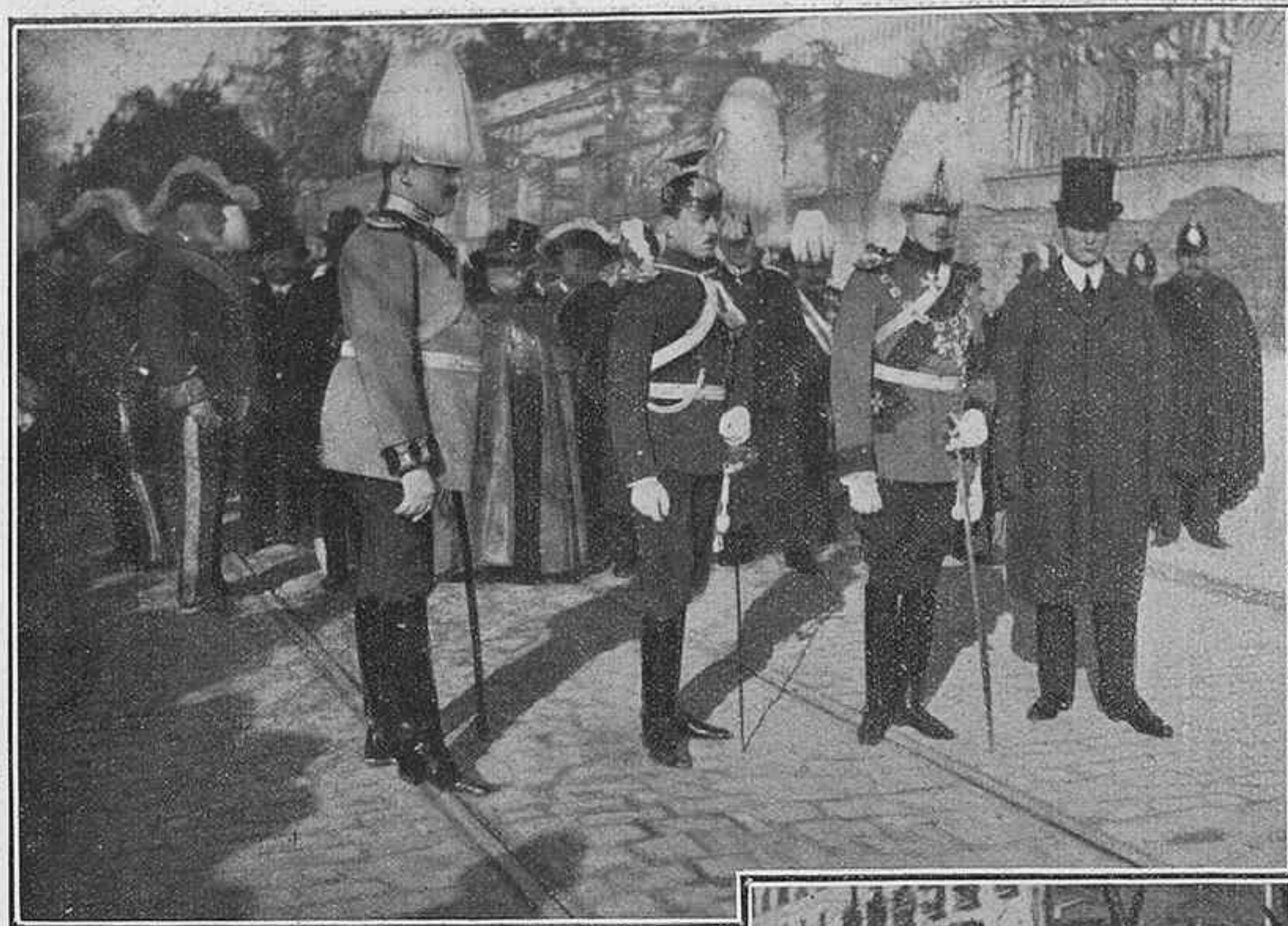
*Colocación del motor en la armazón.*



*Conducción del biplano al campo de ensayos.*

(De fotografías de M. Rol y C.<sup>a</sup>, de París.)

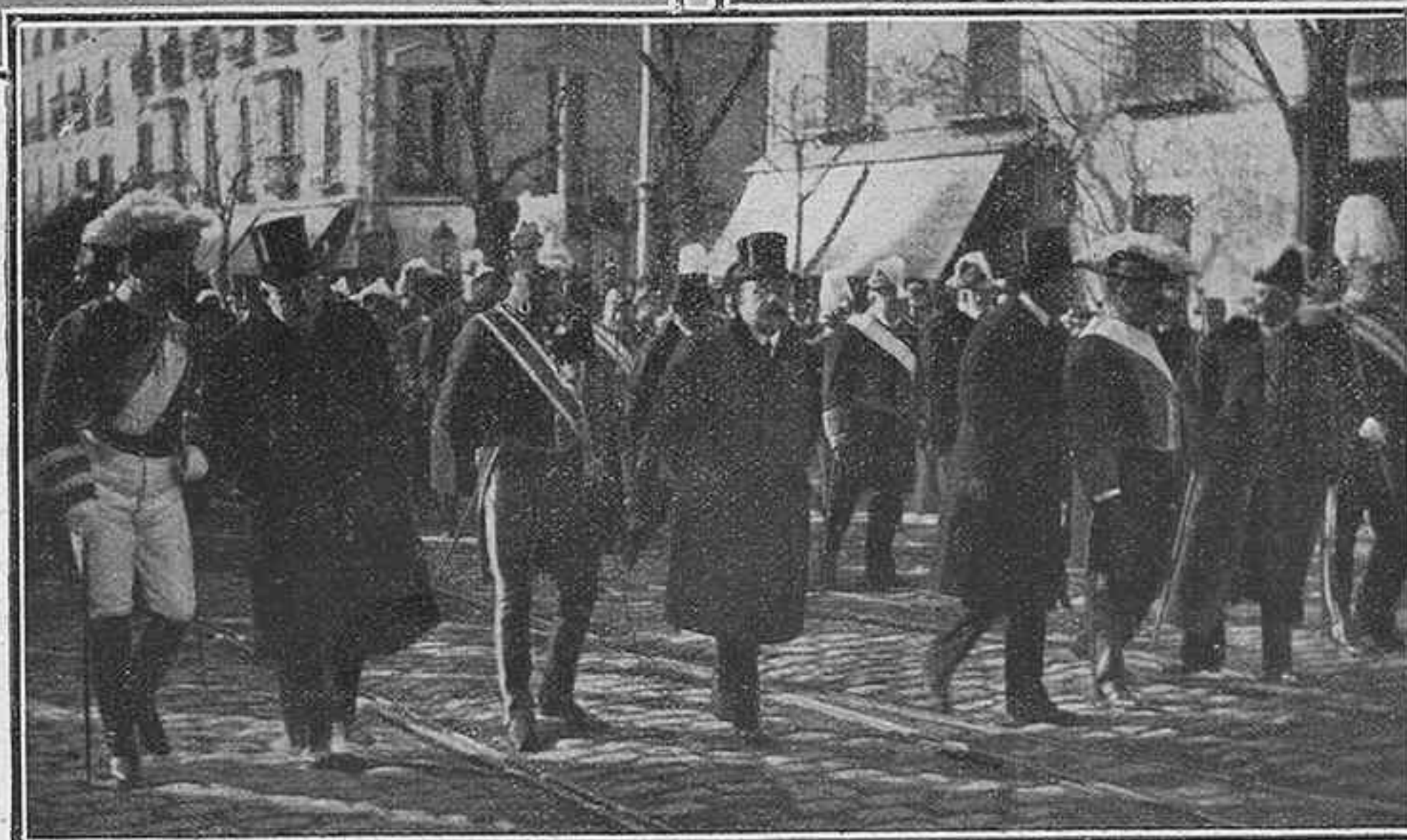
## ACTUALIDADES MATRITENSES. (De fotografías de M. Asenjo.)



S. A. el infante D. Fernando, los dos hijos del conde de Tattenbach y el príncipe de Reuss, consejero de la embajada de Alemania.



Armón de artillería que conduce los restos del embajador de Alemania en España conde de Tattenbach, fallecido el día 10 del actual.



El gobierno en la presidencia del duelo

*Entierro del conde de Tattenbach.*—En la madrugada del 10 de los corrientes falleció el embajador de Alemania en España conde de Tattenbach. Pertenecía este ilustre diplomático a una de las más nobles familias de Baviera, cuyo tronco principal se remonta a últimos del siglo XIII; la casa de los Tattenbach recibió el título de barón en 1578 y el de conde, que actualmente ostenta, en 1637.

El conde de Tattenbach nació en Landsfurt en 16 de enero de 1848, hizo sus estudios en la Universidad de Jena y comenzó a prestar sus servicios a la administración alemana desempeñando el cargo de gobernador de la Alsacia-Lorena. Entró luego en la carrera diplomática, siendo sucesivamente secretario de las legaciones alemanas en Pekín, Belgrado y Madrid; en 1888 fué nombrado cónsul general en Tánger y poco después ministro plenipotenciario, debiéndose a él la preparación del famoso viaje que hizo el emperador Guillermo II a aquella ciudad marroquí.

Representó a su país como segundo delegado en la conferencia de Algeciras, y fué luego sucesivamente ministro de Alemania en Berna y en Lisboa, hasta que, al jubilarse el embajador Sr. Radowitz, vino a ocupar la embajada en España.

El conde de Tattenbach era uno de los más distinguidos diplomáticos del imperio alemán, cuyo soberano le profesaba especial estimación.

En Madrid habíase conquistado las simpatías de la sociedad aristocrática, y sus brillantes fiestas eran entusiastamente encomiadas por el buen gusto y la esplendidez que en ellas presidían.

El cadáver fué embalsamado y expuesto en una capilla ardiente, en la que daba guardia de honor, por disposición expresa del rey, un zaguante de alabarderos y por la que desfilaron los diplomáticos, hombres políticos y personas de la más alta sociedad matricense. En el altar se dijeron misas, a una de las cuales asistieron las reinas doña Victoria y D.<sup>a</sup> María Cristina y las infantas D.<sup>a</sup> María Teresa y D.<sup>a</sup> Isabel, acompañadas de sus damas.

El entierro se efectuó el día 13, habiéndose tributado al cadáver los honores de capitán general con mando; lo presidieron el infante D. Fernando, en representación del rey; los dos hijos del finado; el

príncipe de Reuss, encargado de negocios de Alemania; representantes del cuerpo diplomático; el gobierno; el marqués de Viana, y el jefe de la casa militar del rey, conde del Serrallo.

*D. Carlos Fernández Shaw.*—El ilustre hispanófilo alemán D. Juan Fastenrath dejó en su testamento un cuantioso legado para que con sus rentas se constituyese un premio que anualmente se otorgase a la mejor obra poética, dramática, histórica, de crítica ó de historia literaria, novela, etc., que se publicara en

cho con ella justicia a los méritos del Sr. Fernández Shaw, sirviendo a la vez de confirmación de la justa fama que goza este vate, cuya historia literaria es ejemplo de labor artística honrada y sincera.

*D. Belisario Roldán.*—Recientemente ha estado en Madrid, con la misión semioficial de estrechar los vínculos espirituales que unen a la Argentina y España, el ilustre orador argentino D. Belisario Roldán, que tantas pruebas de admiración y afecto ha dado a nuestra nación.

El Sr. Roldán dió en el Ateneo de Madrid una conferencia, a la que asistieron los más conspicuos intelectuales de la corte y que fué un hermoso canto a España, un himno de amor a la madre patria entonado por la hija emancipada, que hoy, libre, rica y poderosa, conserva el alma española y quiere estrechar los lazos que con aquella la unen. El discurso del Sr. Roldán, admirable en su fondo, fué maravilloso en su forma; cada uno de sus párrafos sonoros, casticísimos y esmaltados de brillantes imágenes, fué saludado con atronadores aplausos que, al final, se convirtieron en ovación delirante.

En honor del Sr. Roldán, a quien S. M. ha agraciado con la encomienda de Alfonso XII, numerosas asociaciones literarias y artísticas y muchos admiradores y amigos organizaron un banquete, que se celebró el día 10 en el teatro de la



El inspirado poeta D. Carlos Fernández Shaw, a quien la Real Academia española ha otorgado el premio instituido por el ilustre hispanófilo D. Juan Fastenrath.

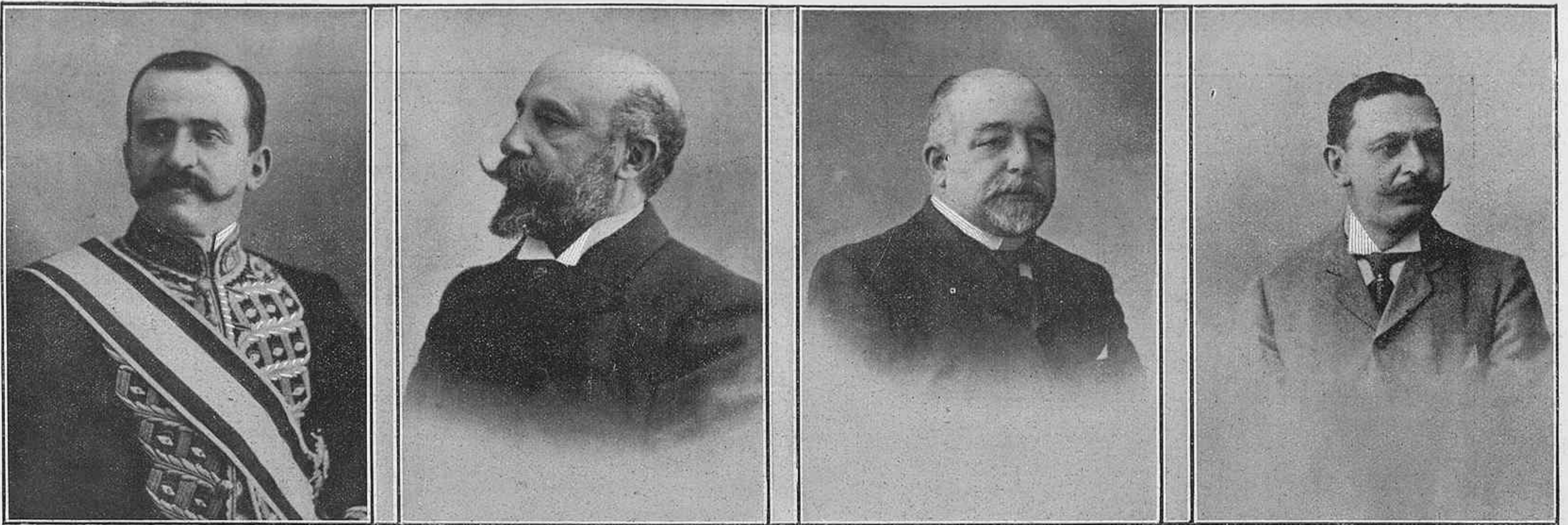


El elocuente orador argentino D. Belisario Roldán, que ha dado una hermosa conferencia en el Ateneo de Madrid y ha sido agasajado por los elementos intelectuales de la corte.

España dentro del año. Cumpliendo la voluntad de su esposo, la viuda del Sr. Fastenrath instituyó la fundación y rogó a S. M. el rey que aceptara el patronato de la misma. D. Alfonso XIII accedió agradecido al ruego de la distinguida dama y comisionó a la Real Academia Española para convocar y resol-

Comedia y al que concurrieron unos 300 comensales, en quienes tenían su más alta representación la ciencia, el arte y la literatura. En él brindaron el señor López Muñoz, ofreciendo el homenaje al señor Roldán, y éste, agradeciendo en frases elocuentísimas el agasajo —T.

EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL.—(De fotografías de M. Asenjo.)



Condé de Romanones  
Instrucción Pública

General D. Angel Aznar  
Guerra

D. Diego Arias de Miranda  
Marina

D. Manuel García Prieto  
Estado



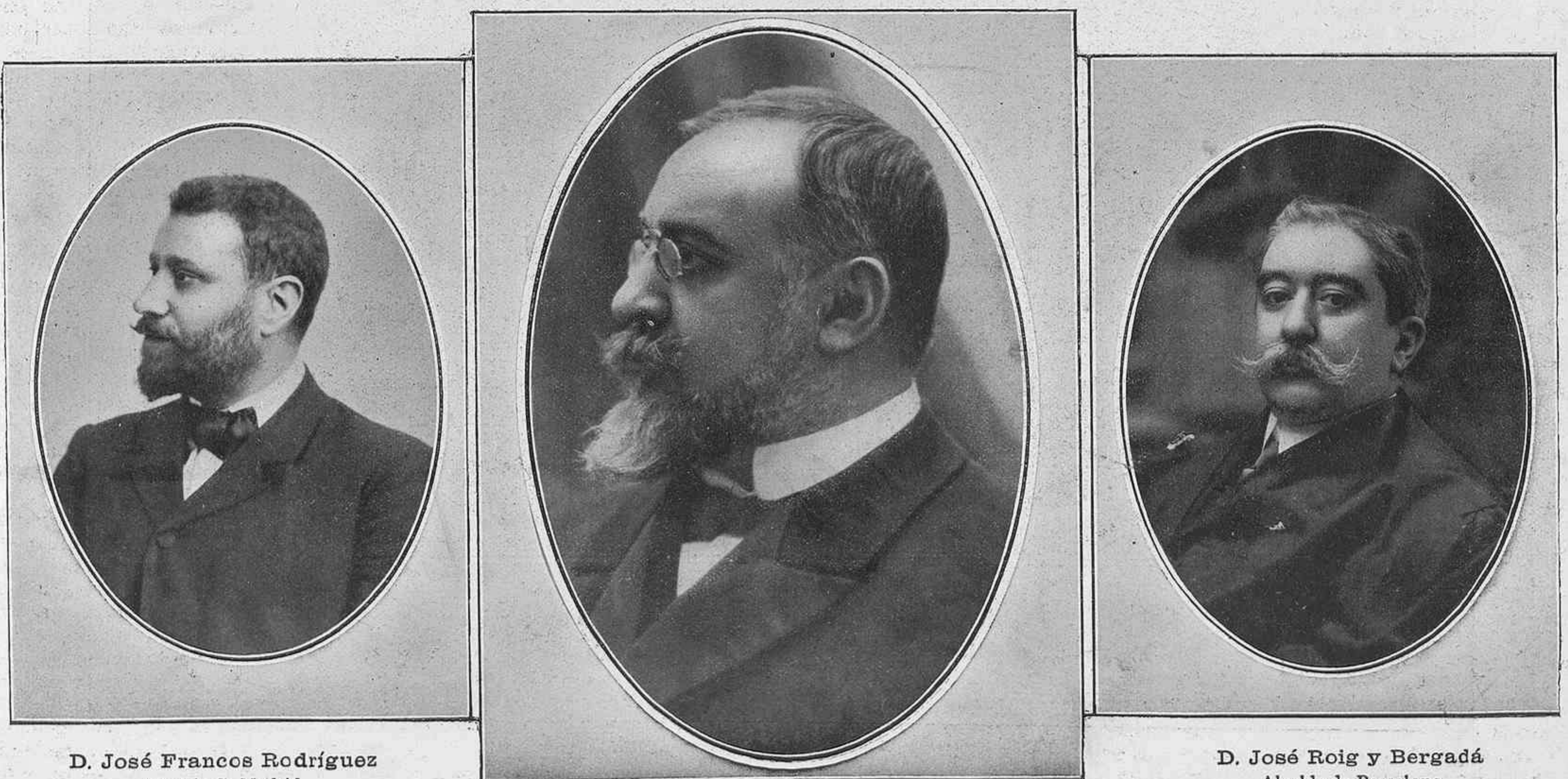
D. Trinitario Ruiz Valarino  
Gracia y Justicia

D. Eduardo Cobián  
Hacienda

D. Fernando Merino  
Gobernación

D. Fermín Calbetón  
Fomento

LOS NUEVOS ALCALDES DE MADRID Y BARCELONA Y GOBERNADOR CIVIL DE BARCELONA



D. José Francos Rodríguez  
Alcalde de Madrid

D. Buenaventura Muñoz y Rodríguez  
Gobernador de Barcelona

D. José Roig y Bergadá  
Alcalde de Barcelona



EL INCENDIARIO, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón París.)





EN EL JARDÍN, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón París.)

BARCELONA.—LAS PRIMERAS PRUEBAS DE AVIACIÓN  
EFECTUADAS EN ESPAÑA

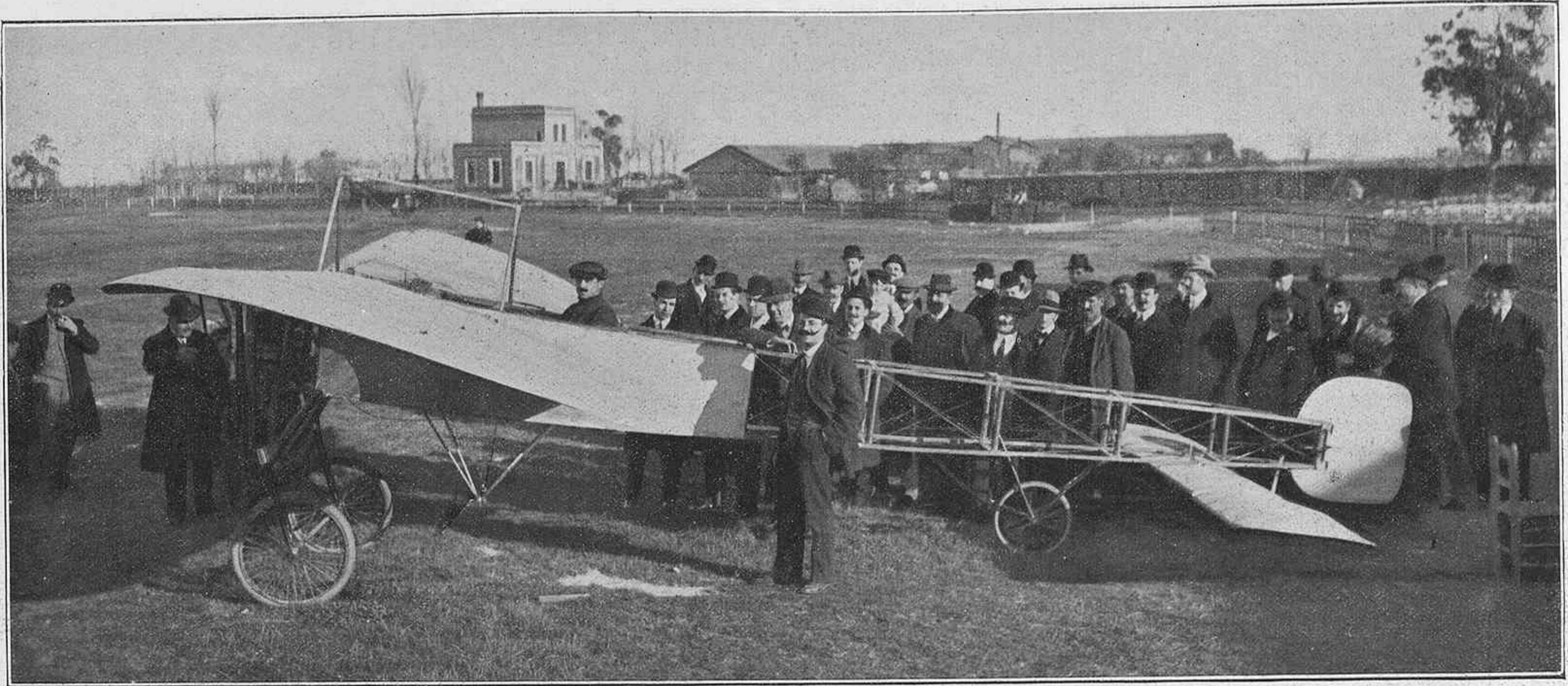
Nuestra ciudad ha tenido el privilegio de presenciar el primer vuelo en aeroplano realizado en España, gracias al dis-

mosísima cuanto distinguida concurrencia; el Sr. Mamet realizó dos vuelos, ascendiendo á considerable altura y practicando toda clase de evoluciones con seguridad absoluta. El público le tributó una gran ovación.

El monoplano, como hemos dicho, es del modelo Bleriot y lleva un motor Anzani de 25 á 30 caballos de fuerza.

tro el apoderado de los propietarios del mismo, y al recorrer sus dependencias, vió que de uno de los pasillos del escenario salía una espesa columna de humo.

Dada la voz de alarma, acudieron inmediatamente al lugar del siniestro las autoridades, los bomberos y fuerzas del ejército, de la guardia civil y de la policía; poco después se pre-



Barcelona.—El aviador Mamet y el monoplano Bleriot, adquirido por D. Mario García Cames y en el cual se ha efectuado el primer vuelo realizado en España en aeroplano. (De fotografía de A. Merletti.)

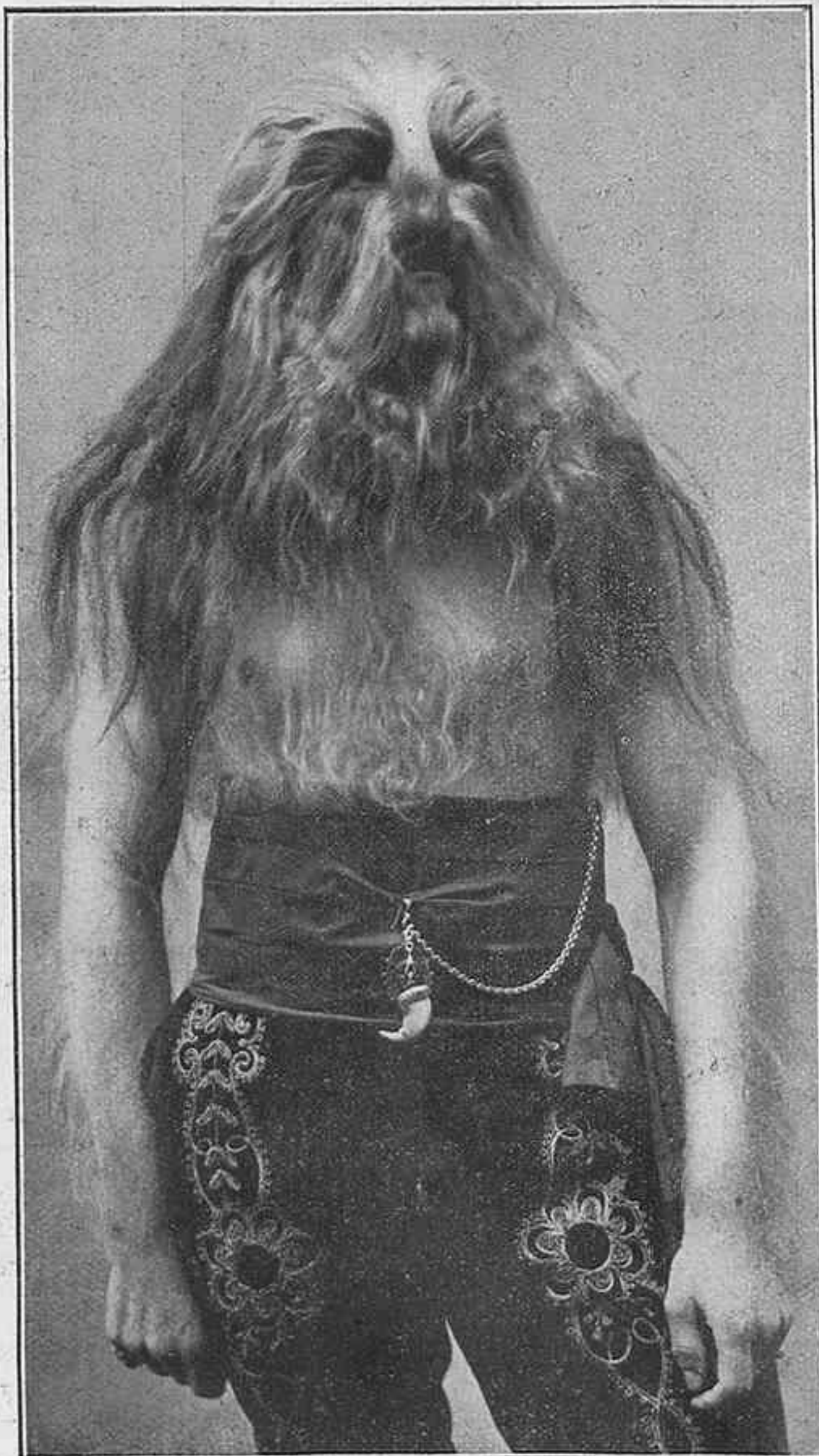
tinguido deportista uruguayo D. Mario García Cames que, habiendo adquirido un monoplano Bleriot, ha querido estrenarlo en Barcelona. Para efectuar las pruebas ha venido el piloto de la escuela de aviación de Pau Sr. Mamet, quien el día 11 efectuó la primera, recorriendo 2.000 metros á una altura de 40 á 50.

El ensayo oficial debía hacerse el día 13 en el Hipódromo, y para presenciarlo acudió allí un gentío inmenso; pero la fuerza del viento impidió elevar el aparato. Dos días después, sin embargo, ante un corto número de espectadores, el Sr. Mamet realizó un vuelo hermosísimo, elevándose hasta 200 metros y recorriendo un trayecto de seis kilómetros, durante el cual llegó hasta cerca del Llobregat, se internó en el mar y pasó por encima de la montaña de Montjuich. Tanto al elevarse, como en pleno vuelo, como en el descenso, el aviador

EL HOMBRE-LEÓN

No se trata, en el caso de este fenómeno extraordinario, de una de esas trampas ó simulaciones hábiles que cautivan á tantos incautos en muchas ferias; no, Lionel, que así se hace llamar el hombre-león cuyo retrato reproducimos adjunto, tiene la cabeza y la cara enteramente cubiertas de un pelo rubio, de treinta á cuarenta centímetros de longitud, que le

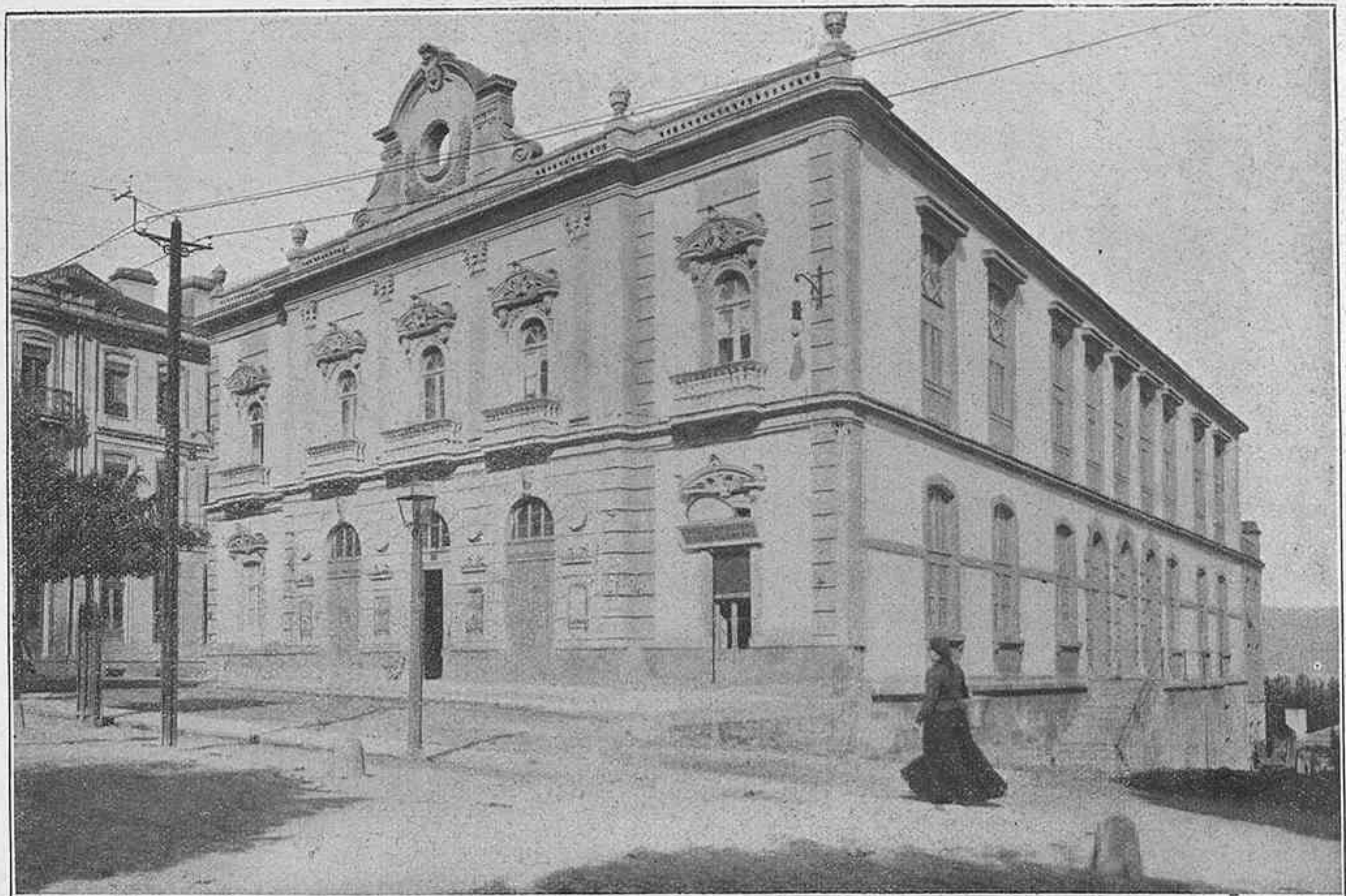
sentaron seiscientos marineros de la escuadra francesa anclada en Vigo, provistos del material necesario, incluso de botiquines y de ambulancias de la Cruz Roja. Todos trabajaron denodadamente, pero sus esfuerzos resultaron inútiles; las llamas destruyeron gran parte del edificio y cuanto en él había, así como dos casas contiguas. Afortunadamente no hubo desgracias personales, á pesar del arrojó y hasta de la temeridad de muchos de los que tomaron parte en los trabajos de extinción,



El hombre-león, fenómeno que actualmente se exhibe en Milán. (De fotografía de Ricardo Fiorill.)

demonstró un dominio perfecto del aparato; éste, á su vez, respondió admirablemente á la dirección del piloto.

El jueves, 17, efectuóse el primer ensayo público ante nu-



Vigo.—El teatro Rosalía de Castro, destruido por un incendio el día 8 del actual (De fotografía de E. Bello.)

tapa la frente, la nariz, los ojos, el cuello, en suma, todo el rostro.

Lionel cuenta diez y siete años; nació en Tiflis y es hijo de un domador de fieras, siendo su verdadero nombre Esteban Bibrowski. Habla el inglés y el alemán, y toca el piano y la lira.

Respecto á su anomalía capilar, dícese que es debida á una fuerte impresión que recibió su madre ante un león furioso, explicación que podrá satisfacer al vulgo, pero que no nos parece ni poco ni mucho científica.

VIGO.—INCENDIO DEL TEATRO ROSALÍA DE CASTRO

Un terrible incendio destruyó, en la mañana del 8 de los corrientes, el teatro Rosalía de Castro, de Vigo, uno de los más bellos coliseos de España. La noche antes había celebrado en él un baile de máscaras la distinguida sociedad «La Oliva,» y al retirarse, á la madrugada, la concurrencia, nada anormal se había notado. Dos horas después, entró en el tea-

especialmente de los marinos franceses, que se portaron heroicamente.

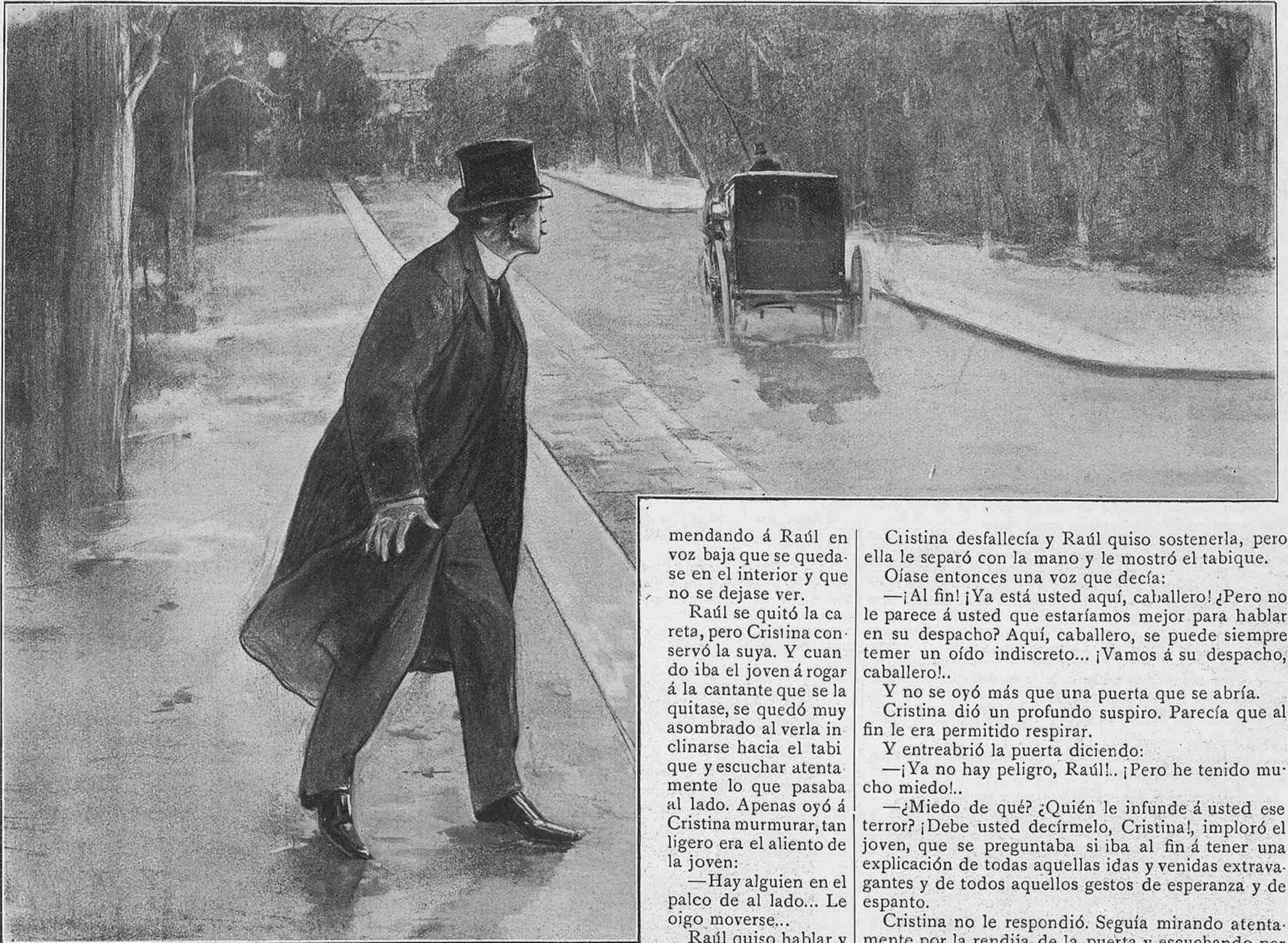
El teatro Rosalía de Castro se inauguró en 1901, y algún tiempo después, adquirido por una casa de comercio, estuvo á punto de ser convertido en almacén de paños, lo que pudo evitarse gracias á un movimiento general de protesta de la población y al desprendimiento del Sr. García Barbón, que compró la finca, no queriendo que Vigo se quedase sin su hermoso coliseo.

En aquel teatro, que se inauguró con una excelente compañía de ópera, habían actuado los más notables artistas nacionales y extranjeros.

**Espectáculos.—MADRID.**—Se han estrenado con buen éxito: en el Real la ópera *Salomé*, de Strauss; en el Español *La luna de la sierra*, comedia en tres actos de Luis Vélez de Guevara, refundida por Cristóbal de Castro; en la Princesa *Amores y amorfos*, comedia en cuatro actos de los hermanos Alvarez Quintero, y en Apolo *Juegos malabares*, zarzuela en un acto de D. Miguel Echegaray, música del maestro Vives.

## EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



Raúl se detuvo en medio del silencio. (Véase la página 116.)

Hubo alguien que quiso tocarle..., pero una mano de esqueleto, que salía de una manga de púrpura, cogió brutalmente el puño del imprudente, y éste, habiendo sentido el contacto de los huesos y la presión terrible de la Muerte, que parecía que nunca había de soltar su presa, lanzó un grito de dolor y de espanto.

La Muerte roja le devolvió al fin su libertad, y el hombre huyó como un loco en medio de la rechifla general.

En este momento fué cuando Raúl se cruzó con el fúnebre personaje, que precisamente acababa de volverse hacia donde él estaba. Y el joven estuvo á punto de dejar escapar un grito: «¡La calavera de Perrós-Guirec!» ¡La había reconocido!..

Quiso precipitarse á él, olvidando á Cristina; pero el dominó negro, que parecía presa también de una extraña emoción, le cogió del brazo y se lo llevó..., se lo llevó lejos del salón de descanso, fuera de aquella multitud demoníaca por la que pasaba la Muerte roja...

El dominó negro se volvía á cada instante, y por dos veces creyó sin duda notar algo que le espantaba, pues precipitó aún su marcha y la de Raúl como si estuvieran perseguidos.

Así subieron dos pisos. Allí, el dominó negro empujó la puerta de un palco, viendo que los pasillos y las escaleras estaban casi desiertos, é invitó al dominó blanco á penetrar detrás.

Cristina (pues era ella; el joven la había conocido en los ojos y pudo entonces conocerla en la voz), Cristina cerró en seguida la puerta del palco, reco-

rró la boca con un «¡Silencio!» enérgico.

Deslizóse la joven, encorvándose, hasta la parte delantera del palco, echó una mirada hacia fuera y esto le bastó sin duda para enterarse, pues volvió en seguida exclamando:

—Ya decía yo que había conocido su voz... Está hablando solo...

Raúl, al que empezaban á llenar seriamente de curiosidad las maneras de Cristina, le preguntó:

—¿Quién es?..

—Es un capuchino, le respondió Cristina en voz baja, y estoy segura de que el otro va á venir en seguida.

—¿Qué otro?, preguntó el vizconde en el mismo tono.

—El otro capuchino.

—Si tanto teme usted la vecindad de los capuchinos, respondió Raúl, vámonos.

Pero ella parecía muy agitada.

—¡Oh, no! Sería, acaso, muy imprudente ahora... ¡Es insensato! ¿Por qué me ha dicho que tenía cita en el palco de los ciegos que está encima?

De repente, la joven se levantó.

—Pero, entonces, también él va á venir... Sí, sí... ¡Vámonos! ¡Vámonos!..

Abrió el palco y volvió á cerrarlo casi en seguida.

—¡Es tarde!..

Y visiblemente, se puso á temblar.

—¡Póngase usted la careta, caballero! Póngasela y no se la quite bajo ningún pretexto.

Y se apoyó en la puerta, como para impedir que se abriera.

mendando á Raúl en voz baja que se quedase en el interior y que no se dejase ver.

Raúl se quitó la careta, pero Cristina conservó la suya. Y cuando iba el joven á rogar á la cantante que se la quitase, se quedó muy asombrado al verla inclinarse hacia el tabique y escuchar atentamente lo que pasaba al lado. Apenas oyó á Cristina murmurar, tan ligero era el aliento de la joven:

—Hay alguien en el palco de al lado... Le oigo moverse...

Raúl quiso hablar y decirle que les era fácil irse á hablar á otra parte, pero ella le ce-

lística desfallecía y Raúl quiso sostenerla, pero ella le separó con la mano y le mostró el tabique.

Oíase entonces una voz que decía:

—¡Al fin! ¡Ya está usted aquí, caballero! ¿Pero no le parece á usted que estaríamos mejor para hablar en su despacho? Aquí, caballero, se puede siempre temer un oído indiscreto... ¡Vamos á su despacho, caballero!..

Y no se oyó más que una puerta que se abría.

Cristina dió un profundo suspiro. Parecía que al fin le era permitido respirar.

Y entreabrió la puerta diciendo:

—¡Ya no hay peligro, Raúl!.. ¡Pero he tenido mucho miedo!..

—¿Miedo de qué? ¿Quién le infunde á usted ese terror? ¡Debe usted decírmelo, Cristina!, imploró el joven, que se preguntaba si iba al fin á tener una explicación de todas aquellas idas y venidas extravagantes y de todos aquellos gestos de esperanza y de espanto.

Cristina no le respondió. Seguía mirando atentamente por la rendija de la puerta y escuchando por el tabique lo que pasaba en el pasillo.

Raúl miró por detrás de ella y vió primero dos frailes que se parecían como dos hermanos y que bajaban ya la escalera de los palcos segundos.

Los dos capuchones con que se disfrazaban no fueron pronto más que dos pequeños puntos de sombra en los escalones, y desaparecieron.

En el mismo instante, Raúl, que seguía la mirada de Cristina, vió, en el escalón más alto de la escalera que descende del piso superior, posarse un *pie rojo*.

... Y después otro pie rojo... Y lenta y majestuosamente, bajó todo el traje escarlata de la Muerte roja.

Raúl volvió á ver la calavera de Perrós.

—¡Es él!, exclamó. ¡Esta vez no se me escapa!..

Pero Cristina había cerrado la puerta en el momento en que Raúl iba á lanzarse.

El joven quiso apartarla de su camino.

—¿Quién es él?, preguntó Cristina con la voz muy alterada. ¿Quién no se le va á usted á escapar?

Raúl, brutalmente, trató de vencer la resistencia de la joven, pero ella le rechazaba con una fuerza inesperada... El vizconde comprendió, ó creyó comprender, y se puso furioso en seguida.

—¿Quién?, dijo con rabia. ¡Él! ¡El hombre que se esconde bajo esa repugnante imagen mortuoria..., el genio malo del cementerio de Perrós!.., la Muerte roja; en fin, su amigo de usted, señora, su Angel de la Música!.. Pero yo le arrancaré la máscara de la cara como arranco la mía, y esta vez nos miraremos frente á frente, sin velo ni mentiras, y sabré quién ama á usted y á quién usted ama.

Y rompió en una carcajada insensata, mientras Cristina, detrás de la careta, dejaba oír un gemido.



lloraban una desgracia que nada tenía de fantástica, pero común a todos los amantes de la tierra y que él precisó en voz alta diciendo:

—¿Quién es ese Erik?

XII

EL SOBRE ENCANTADO

La señora Giry había sido repuesta en sus funciones, y no es ciertamente en las memorias de Moncharmin donde se puede encontrar traza de tan lamentable capitulación ante la fuerza oculta del fantasma.

Por lo demás, bien fuera porque estuviese convencido de que había sido burlado por alguien más listo que él—y pronto veremos de quién sospechará por lo menos un instante,—bien que le diese vergüenza confesar ó dejar adivinar la alarma de los directores, Moncharmin no habló ya del fantasma más que de un modo vago, prudente y muchas veces incomprensible.

No se puede dudar, por otra parte, que Richard y Moncharmin se esforzaron por sacudir, como personas razonables, el estupor que había empezado á apoderarse de ellos en el palco número 5, en la noche fatal. Ambos estuvieron de acuerdo para comunicarse al día siguiente que, en aquel palco infernal, no habían sentido ni observado nada de extraordinario, y la frase que les anunciaba el incidente, «*Canta esta noche para hacer caer la lucerna,*» pasó por un juego de su imaginación excitada.

Con todo, tuvieron un largo y secreto conciliábulo después de una visita tempestuosa á aquella pobre Carlota, que se había metido en la cama y no lograba consolarse de su desdicha. Y después pasaron toda una tarde en los telares del monumento; un examen atento de los medios de suspensión de la lucerna los dejó muy pensativos, y aquella misma tarde hicieron transmitir sus excusas á la señora Giry.

Inmediatamente le rogaron que volviese á tomar la dirección del palco número 5 y resolvieron entrar en negociaciones con el fantasma de la Opera.

Pensaron que no podían adoptar mejor táctica para acabar con el misterioso personaje, que la de hacerle creer que cedían al fin á la formal tentativa de estafa, escrita con tinta roja en el pliego de condiciones.

Como se ve, el estado de ánimo de los directores había sufrido una importante transformación. No pensaban ya que tenían que habérselas con un forjador de bromas pesadas, sino con un estafador de extravagante audacia. Y quisieron pescarle, de lo que resultaron unos cuantos incidentes que me han sido fielmente contados por la Giry, por Mercier el administrador, y en fin, por el mismo Gabriel, el maestro de coros y confidente de Richard, como Mercier lo había sido de Moncharmin.

La señora Giry no parecía haber guardado rencor alguno por la lamentable actitud adoptada respecto de ella por los directores; por lo menos, muy dignamente, no lo demostraba y conservaba su alma en su armario, su chal y su sombrero color de hollín.

En cuanto tomó posesión de su destino, Moncharmin le entregó fríamente una carta para el fantasma. Ella la tomó y la metió tranquilamente en el cestillo, declarando que la haría llegar aquella misma noche al interesado.

Inútil es decir que los directores, desde aquel día, no disputaron ya su palco al huésped invisible.

Al día siguiente de aquel en que le habían escrito tuvieron su respuesta. Trájosela el correo, que nada tiene de fantástico.

«Señores—les escribía el fantasma de la Opera,—tomo buena nota de sus ofrecimientos de hoy. Pero no se impacienten ustedes. Cuando llegue la hora, que no tardará, les haré saber cuándo y cómo han de hacer llegar á mis manos los 20.000 francos de mi mensualidad corriente.—P. S. He sabido que Cristina Daé está delicada; no se alarmen ustedes por no verla en unos días. Ella les enviará dos letras en cuanto esté mejor. Esa joven necesita descanso; soy yo quien se lo dice á ustedes. Reciban mis amistades.»

—¡Nuestro fantasma tiene todas las trazas de com prometer á las mujeres!, dijo Moncharmin.

Pero decidieron no penetrar, por el momento, el misterio de esa protección.

Del mismo modo se habían guardado bien de vigilar á la Giry é ignoraban cómo correspondía en realidad con su nuevo «amigo.» Así evitaban el despertar su desconfianza, pues querían cogerle con las manos en la masa.

Todo esto había sucedido antes del baile. Ahora

bien; en la mañana del día en que la Opera debía dar su baile de máscaras conmemorativo, Moncharmin y Richard recibieron, cada uno por su parte, una carta del fantasma de la Opera haciéndoles recomendaciones «personales,» poniéndolos en guardia al uno contra el otro y dictándoles una conducta de la que no debían apartarse si querían conservar el secreto recíprocamente.

Las dos cartas estaban redactadas en términos idénticos.

«Mi querido director: He reflexionado que es preferible que tratemos directamente nuestros negocios; así nos explicaremos mejor, y he resuelto tratar personalmente con usted, que es un hombre bien educado, conocedor del mundo y de una rara inteligencia, apreciables condiciones que me costaría gran trabajo encontrar en su lamentable colaborador. Si quiere que no ocurra entre nosotros nada desagradable, no me cansaré de aconsejarle que guarde para usted solo el secreto del programa que le confío. Es muy sencillo. Comprenderá usted bien que no voy á decirle que lleve consigo los 20.000 francos. Me haría usted echar el guante en cuanto tuviera la suma en el bolsillo, y yo sería entonces el robado. No; yo le diré de viva voz cómo tendrá que arreglarse para que todos los meses llegue á mí ese dinero sin peligro para él ni para mí.

»Y ahora, entérese usted de las condiciones en que debemos encontrarnos. Esta noche iré al baile, disfrazado, con hábito de capuchino gris y la capucha echada. Vaya usted con el mismo traje y también con careta. Nos encontraremos entre doce y cuarto y doce media en el palco que está exactamente debajo del «palco de los ciegos.» El que primero llegue esperará al otro. Le saludo.—P. S. Puede usted avisar á la policía. Verá cómo nos reímos.—F. de la O.»

Moncharmin no avisó á nadie. Richard hizo lo mismo. Si el fantasma de la Opera había querido, por aquel experimento, darse cuenta del grado de influencia que empezaba á ejercer en el ánimo de sus directores, debió de quedar contento.

Sus instrucciones fueron seguidas al pie de la letra.

Llamábase en la Opera «el palco de los ciegos» á un palco bastante grande, situado en el último piso del teatro y desde el cual no se podía ver nada.

Esta consideración no fué, sin embargo, como pudiera creerse, la razón determinante de tal denominación. Débese buscarla en el hecho de que un director precedente reservó la localidad al servicio exclusivo de las casas de ciegos, las cuales llevaban allí gratuitamente á sus pensionistas, melómanos y extáticos, con caras apasionadas y marchitas de fumadores de opio, y que se llevaban á las orejas las manos en forma de cuenco como para beber mejor el viento de la orquesta.

A las doce y cuarto en punto, Moncharmin, muy envuelto en su hábito de estameña, encapuchonado y con careta, entró en el palco indicado—debajo del de los ciegos—y esperó. Richard, muy encapuchonado igualmente, no tardó en reunirse con él. Ambos se miraron largamente por los agujeros de la careta, persuadidos los dos de que tenían enfrente al incoercible fantasma de la Opera y esperando que tuviese á bien comenzar la conversación.

Entonces fué cuando se oyó una voz que decía esto, como hemos contado en el anterior capítulo:

—¡Al fin! ¡Ya está usted aquí, caballero! ¿Pero no le parece que estaríamos mejor para hablar en su despacho? Aquí, caballero, se puede siempre temer un oído indiscreto... ¡Vamos á su despacho, caballero!

Como no había en aquel palco más que los dos capuchinos, cada cual creyó oír hablar al otro, y ambos se inclinaron. Richard fué el que pasó el primero, y Moncharmin le siguió. Graves y pensativos, atravesaron salas y pasillos en que se agitaba la mascarada, estuvieron pronto detrás del escenario y subieron la escalera de la administración.

Richard, que iba delante, estaba convencido de que enseñaba el camino al otro, mientras Moncharmin, detrás, iba pensando: «¡Conoce el camino tan bien como yo y se mueve aquí como en su casa!»

Así penetraron en el despacho de la dirección, y Moncharmin cerró la puerta y esperó.

Richard esperaba también, y esta vez ninguna voz tomó la iniciativa de la conversación.

Richard, impaciente y más nervioso, fué el primero que rompió aquel silencio exasperante.

—¡Acabemos!, exclamó.

Al conocer la voz de Richard, Moncharmin recibió una impresión que le hizo dar un paso hacia atrás. Y después, de repente, soltó la carcajada.

—¡Ah! Para un día de baile de máscaras, dijo, no está mal.

Al conocer la voz de Moncharmin, Richard corrió hacia el fraile y le bajó la capucha. Cayóse la careta y apareció la cara de su colaborador riéndose hasta llorar.

—¡Eres estúpido!, declaró simplemente Richard arrojando con mal humor la careta en la mesa.

—Evidentemente, soy estúpido, concedió Moncharmin. Hubiera debido sospechar que toda esta historia no podía ser más que una broma de las de tu cosecha. ¡No está mal, por lo demás, mi querido Fantasma de la Opera, y te doy la enhorabuena!

—¿Eh?, interrogó Richard.

—Que te doy la enhorabuena.

—Pero... ¿qué?... ¿Estás loco? ¿Quieres burlarte de mí?... Te advierto que no estoy de humor...

Ante la cólera evidente de Richard, Moncharmin, cada vez más estupefacto, pareció reflexionar y sacó del bolsillo una carta que entregó á su colega. Éste la tomó, le echó una ojeada y no pudo contener una exclamación.

—¡Es muy extraño!, dijo. Yo he recibido la misma. Hemos sido burlados una vez más. ¿Por quién? Esto es lo que te juro saber, y puedes creer que me las pagará...

Moncharmin dijo:

—¿Hablas seriamente, Richard?

—¿Pero qué diablos crees aún?, respondió Richard nervioso. ¿Quieres ver mi carta? ¡Tómala! ¡Ahí la tienes!

Y él también sacó de debajo del hábito de estameña la misiva que había recibido del fantasma de la Opera.

Con todo, Moncharmin miraba aún á Richard de un modo que á éste no le gustaba nada. Era fácil ver que el primero sospechaba del segundo ó que, por lo menos, no se fiaba de él.

Moncharmin precisó su pensamiento.

—Vamos á ver, querido, ¿quién habló en el palco si no fuiste tú?..

Richard inició un ademán de furor que se quedó en suspenso. En el momento en que iba á dar un puñetazo en la mesa del despacho, se oyeron en ella tres golpecitos secos, y el puño se quedó en el aire.

—¿Has oído?, preguntó Richard, cuya voz no estaba muy segura.

—¡Sí!, dijo Moncharmin, que se había puesto un poco pálido.

Escucharon de nuevo... y los dos estaban pensando en los tres golpecitos secos de que les había hablado la Giry.

Y era que los habían oído bien..., oído distintamente..., en la mesa, pues no había nadie debajo...

¡Pero sí había algo encima!.. Un ancho sobre, en el que se había escrito la dirección con tinta roja. Y les pareció que los tres golpecitos secos habían sido dados para llamar su atención acerca de aquel sobre.

Richard, que, por mucho que él dijera, no estaba enteramente exento de superstición, alargó prudentemente la mano hacia el sobre como si temiese que le quemase su contacto.

Por fin se apoderó de él sin incidente, y le encontró ligero en la mano, que le abrió de prisa, después de haber leído la dirección con Moncharmin, que se había inclinado hacia su hombro: «Para los señores directores de la Opera.»

«Queridos amigos—decía la carta.—Yo soy quien ha hablado en el palco. Estaba allí, y si ustedes no me han visto es porque desconfío un poco de la policía, siempre dispuesta á cometer disparates, aunque había tomado todas mis precauciones, como pueden juzgar ahora, para que si tenían ustedes el capricho de prevenirla, los detuviese á los dos por sus propias indicaciones, lo que confesarán ustedes que hubiera sido gracioso... Que esta perspectiva, queridos amigos, les sirva de lección para el caso poco probable de que piensen hacer intervenir en nuestros asuntos á una potencia extranjera.

»Veamos ahora en cuanto á los 20.000 francos.

»Meterá usted veinte billetes de mil en un sobre que encontrará adjunto y entregará este sobre cerrado, media hora antes de la primera representación, á la señora Giry, que hará lo que sea oportuno. De ustedes, cordialmente, F. de la O.»

En el sobre que acababan de abrir encontraron, en efecto, otro enteramente igual, doblado en dos y en el que había esta inscripción con tinta roja: «Para el Sr. F. de la O. Personal.»

A la noche siguiente, media hora antes de levantarse el telón, un inspector fué á buscar á la Giry, que estaba ya en su puesto de acomodadora, y le rogó que fuese inmediatamente al despacho del señor Richard.

(Se continuará.)

## EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA, EN ARAGÓN

Al Sudoeste de Jaca, de la que dista 16 kilómetros, hállase situado San Juan de la Peña en el fondo de una cueva, rodeado de risueños montes, imponentes precipicios, sombríos bosques olorosos y campos de esmeraldina entonación. Cobijado por grandioso dosel de rojiza peña, aparece á los ojos del viajero como un edificio sin carácter, sin ninguna gala arquitectónica que sea como muestra de las muchas que tras sus muros encierra.

El origen de San Juan de la Peña se confunde con el del reino de Aragón. A la caída del imperio godo en 711, siguió la dominación de los árabes, que penetraron en los Pirineos el 716 y se apoderaron de Jaca el 717. No quedó en poder de los cristianos pueblo fuerte ó de nombre; pero nunca los árabes dominaron los valles altos del Pirineo. Únicamente los de Canfranc y Tena fueron pisados por ellos, una sola vez, de paso para Francia. Así las cosas, un eremita, Juan de Atarés, escogió la cueva del monte Pano (después San Juan de la Peña) como lugar de penitencia, y en ella murió.

Cuenta la tradición que en 720, Otto, mancebo mozárabe hijo de Zaragoza y de familia ilustre, perseguía un corzo en la llanura que hay sobre la cueva; y se hubiera precipitado por el tajo, á no detenerse milagrosamente en el borde el caballo que montaba. Explorando los alrededores encontró el cadáver incorrupto de Juan

empredieron el camino. Dejando al Norte el monte Oroel, atravesaron el Gállego y siguieron el curso del Guarga hasta llegar á Ainsa. Atacada inesperada-

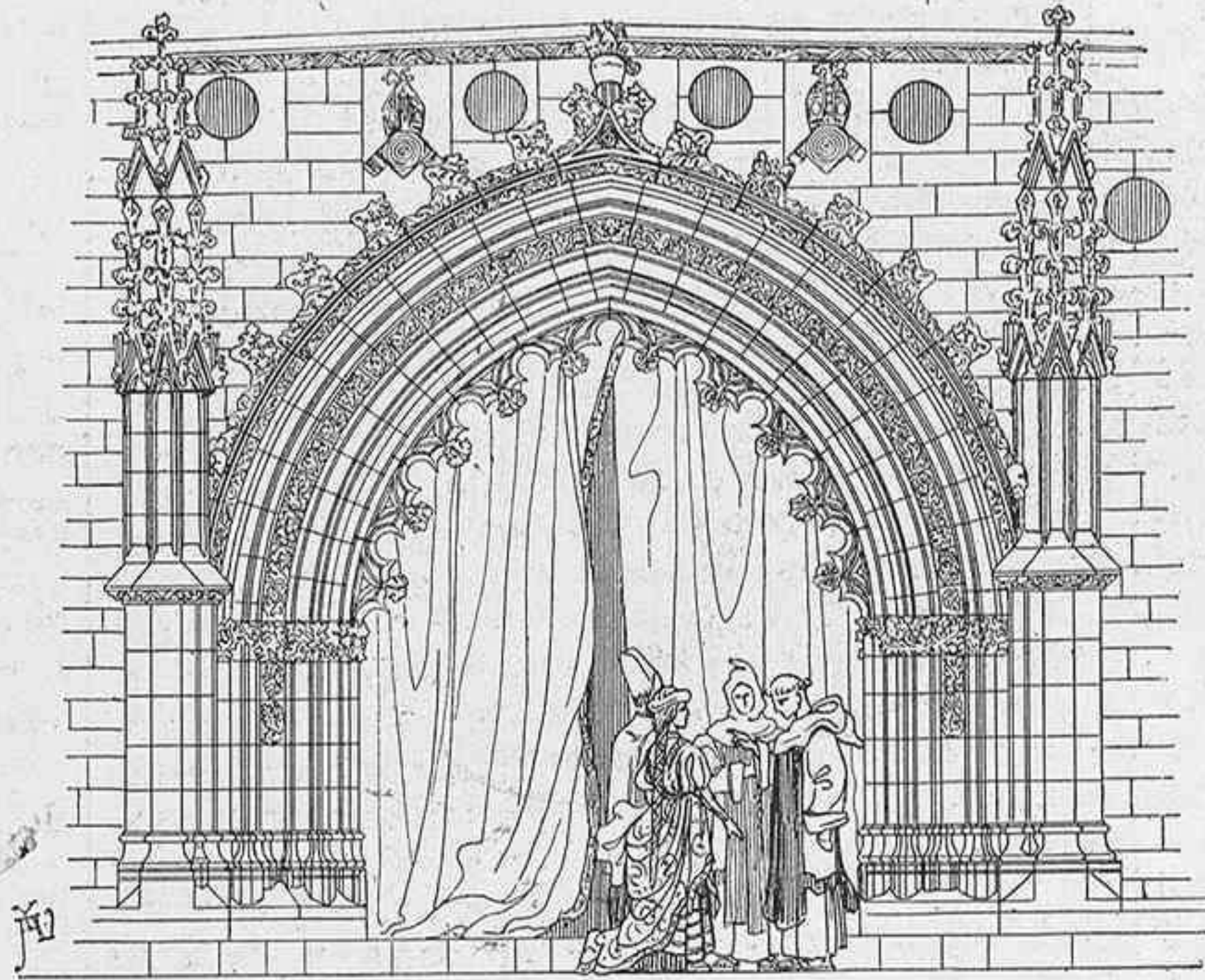


Fig. 1. - Puerta en el claustro

cia de los cristianos en número mayor y mejor armados que éstos. Trabóse batalla; pelearon con valor ambas partes, y permanecía indeciso el triunfo, cuando apareció en el aire una cruz roja llena de resplandores, apoyada en una encina. Entusiasmados los cristianos, cargaron sobre los infieles y los vencieron completamente.

Tal fué el origen del primer escudo de los reyes de Sobrarbe, territorio así llamado, no por lo de la *cruz sobre el árbol*, sino por estar *sobre la sierra de Arbe*.

Briz Martínez, abad de San Juan de la Peña y su historiador particular, dice que por el año 724, de resultas de la reunión de los seiscientos héroes de Ainsa, fué elegido primer rey de Sobrarbe un joven caballero que había sido el caudillo en la empresa, llamado García Giménez. Este monarca, aragonés y godo, echó los cimientos del nuevo reino, engrandeció el santuario y dispuso que los obispos de Aragón desterrados y sin cátedra episcopal por la persecución que sufrían encontraran refugio en la santa casa. Muerto Garci Giménez en 758 y muertos también los hermanos Voto y Félix, sucedieron á estos últimos sus discípulos Benito y Marcelo, que ejercieron notable influencia con el rey Iñigo Arista (864 á 870). Sancho Garcés fundó el cenobio en 842. Sancho Ramírez construyó el monasterio actual en 1094.

En este monasterio habitaron los primeros monjes cluniacenses, que vinieron á España, por media-

mente la guarnición con empuje rabioso, sucumbió. Gran escándalo causó en los gobernadores de los

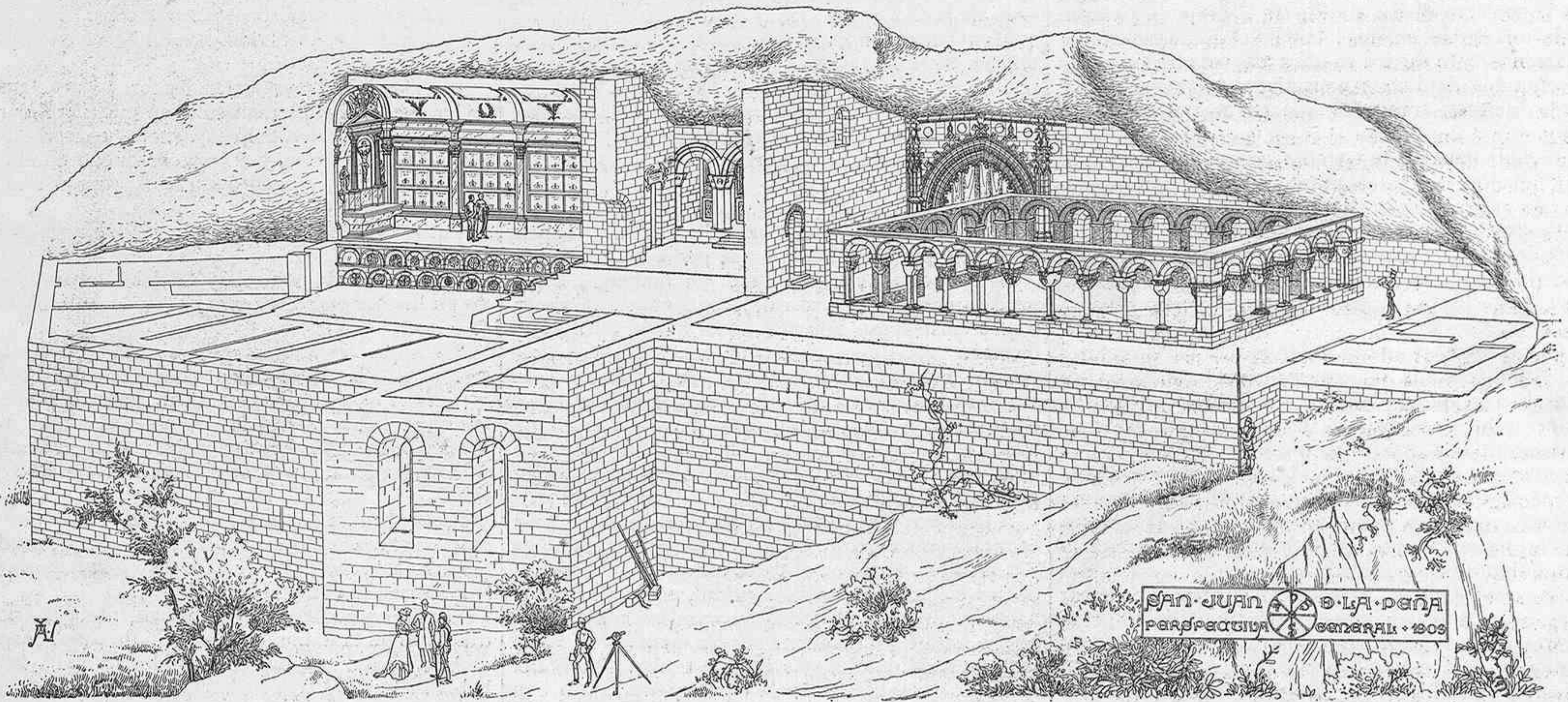


Fig. 2. - Perspectiva general del monasterio de San Juan de la Peña

de Atarés. Y decidido á consagrarse á Dios, despidióse de su familia, arrastró con él á su hermano Félix y juntos construyeron una capilla en aquellas soledades, cuna de la monarquía aragonesa.

La fama de santidad de estos dos caballeros comenzó á extenderse; acudían en gran número los cristianos y almogávares; aumentábase la cifra con los de la izquierda del Gállego, y todos reunidos oraban con los santos varones, recibían su bendición y depositaban en la entonces miserable capilla sus poco importantes hacenduelas.

No satisfechos los cristianos con verse dueños de los despoblados y de los valles, concibieron una empresa que diese reputación á sus armas; y examinadas las condiciones defensivas de todas las plazas que tenían los moros, les pareció *Ainsa* la más fácil de sorprender. Tomóse esta resolución en la cueva de Pano; salieron de ella seiscientos, y animados por el fervor religioso y el deseo de vengar las afrentas sufridas de los moros por sus mujeres y hermanas,

demás fuertes de la montaña la derrota sufrida; y anhelando el desquite, marcharon á castigar la insolencia

de Paterno, en tiempos de *Sancho el Mayor*, rigiendo desde entonces la regla de San Benito.

Más de 60 monasterios de Aragón y Navarra y 120 iglesias estaban sujetos á la dominación del mitrado abad de San Juan. Allí se custodiaban los más preciados documentos de Aragón y sus monjes eran excepcionalmente considerados. La guerra de la Independencia alteró la tranquilidad por tantos siglos disfrutada en el apartado retiro y el silbar de las balas rompió el augusto silencio de los montes. Hoy es un monumento que sólo tiene interés para el arqueólogo.

A la entrada del edificio ruedan por el suelo las ruinas del campanario, quemado en 1675. Cruzado el dintel de sencillísima puerta, vese la sala capitular, llamada del Concilio, por el que se celebró en 1062, el 25 de junio, decidiendo que los obispos de Aragón habían de ser elegidos entre los frailes del monasterio. Ocupan el primer cuerpo las pobríssimas habitaciones conventuales, y de ellas se pasa á un pequeño patio, panteón

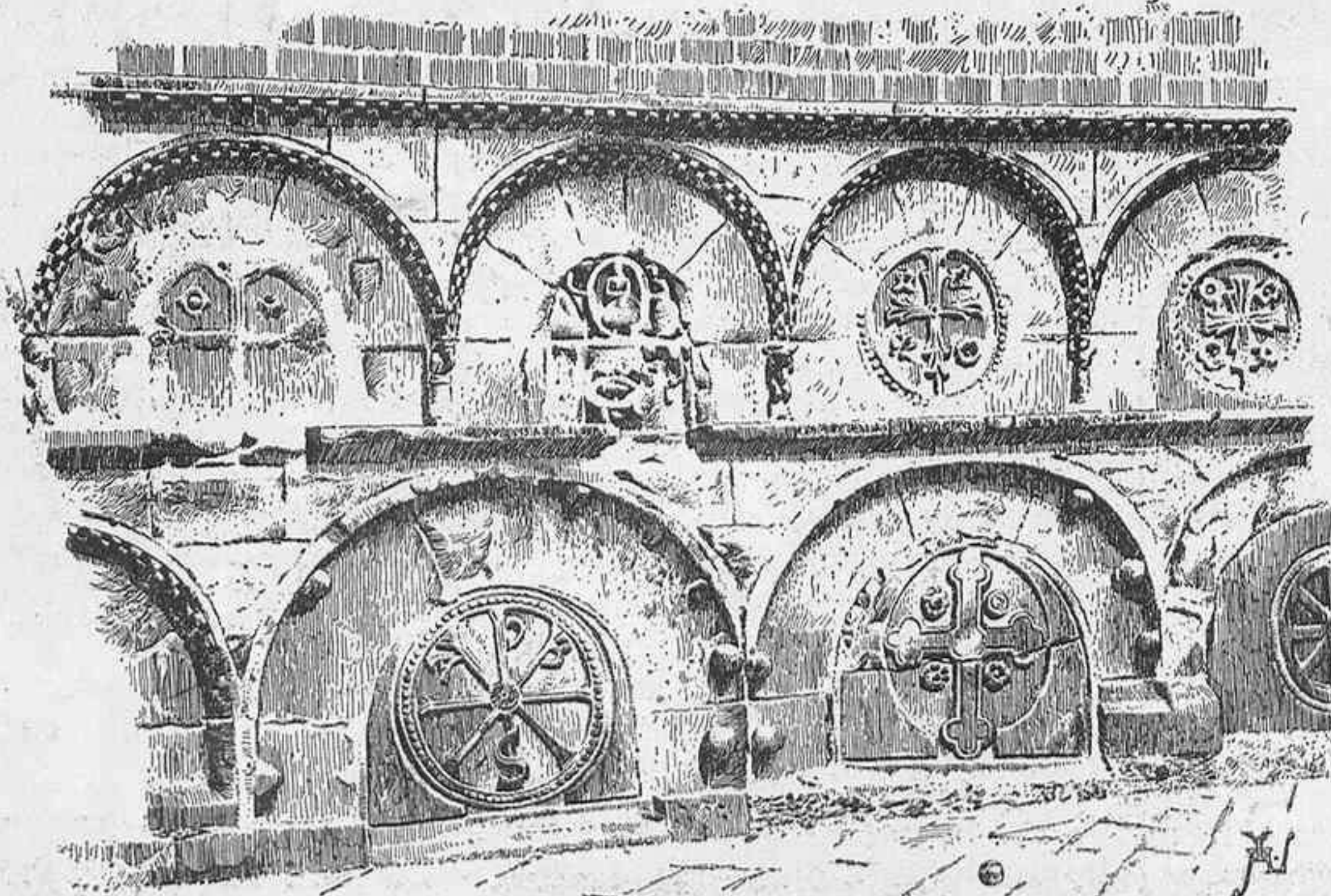


Fig. 3. - Sepulturas de los nobles aragoneses

de los nobles aragoneses. En el testero yacen los ricoshombres á los pies de sus reyes, que tanto sirvieron y amaron. Es interesantísimo este enterramiento, en el que parecen inspirados nuestros mo-

la retina. En el frente, bajo el escudo de Aragón, se levanta el altar formado por un Cristo y dos estatuas bellísimas de la Virgen y el Evangelista, labradas en mármol blanco por el zaragozano Carlos Salas. A la izquierda, tres altos relieves de estuco, separados por pilastras con capiteles compuestos, representan las batallas de Garcí Giménez, de Iñigo Arista y la Jura de los reyes, con habilidad desarrolladas por Ibas. Pero todas estas bellezas no bastan á borrar el mal efecto que las 27 sepulturas de los reyes producen, amontonadas á la derecha, como los legajos de un archivo ó cual los cajones de las antiguas boticas. En lápidas cuadradas de bronce están esculpidos los nombres, sin que pueda asegurarse que correspondan á los reyes que representan, si bien es cosa averiguada que están todos los allí mencionados. Son los siguientes: *D. Garsias Ximenes, Doña Enne-*

de follaje. Las ajedrezadas arquivoltas descansan en columnillas de fino y estudiado trabajo. Sirva de muestra el dibujo de la figura 5, que representa la entrada de Jesús en Jerusalén.

Dos capillas se abren en el claustro: la de San Voto (figura 4), de principios del siglo xvii, poco importante, y la de San Victorián. Obra esta última del siglo xv, muestra todos los recursos de la valiosa ornamentación gótica y pasa por una de las fábricas de crestería más acabada del reino de Aragón. En el interior abundan las lápidas sepulcrales y puede admirarse un bien tallado sarcófago que guarda los restos de un abad.

Gran número de alhajas y reliquias custodiábanse en el monasterio. Figuraba en primer término, entre las últimas, el cáliz que Jesucristo empleó la noche de la cena, venerado ahora en Valencia. Mide 16 centímetros de altura, y la base que, como la copa, es de cornarina, aparece adornada con perlas y otras piedras. Guardábase también un anillo perteneciente al rey D. Pedro I, el de Alcoraz, regalado á S. M. don Alfonso XIII cuando fué á visitar el monasterio.

Tal es el famoso monasterio de San Juan de la Peña, el llamado con razón «Covadonga aragonesa.» ¡Quién pensara que tan humilde rincón del mundo, escondido en las fragosidades de las estribaciones pirenaicas, habría de ser el núcleo de la monar-

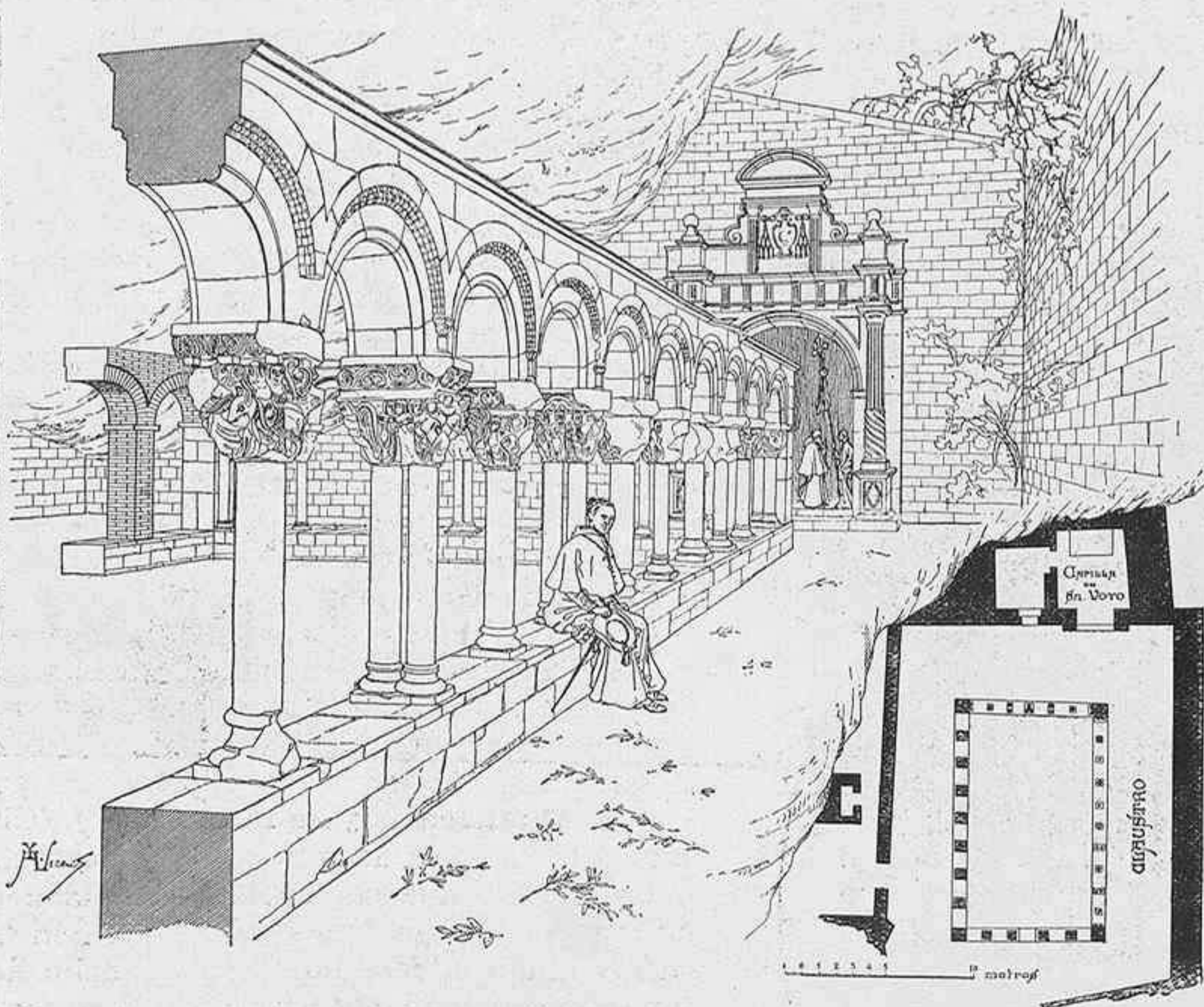


Fig. 4. - Claustro y capilla de San Voto

dernos cementerios. Lo forman (fig. 3) dos hiladas de nichos, cuyos arcos están adornados con ajedrezados y perlas y cuyas lápidas ostentan escudos, *krismones*, lábaros y animales fantásticos. En la imposta que separa las dos filas de nichos hállanse grabadas las inscripciones. Penetra la luz oblicuamente de lo alto é ilumina en el suelo la sepultura del último conde de Aranda, el famoso ministro de Carlos III, que quiso ser enterrado junto á los ricoshombres, ya que él lo era por los Jiménez de Urrea. Otra sencilla puerta comunica con la iglesia.

En su mayor parte, cubre la única nave de ésta una bóveda de medio cañón. En el testero descende la Peña y forma agreste techumbre, llena de grandeza. Sobre haces de cuatro robustas columnas y capiteles cúbicos adornados con pencias, se apoyan los sencillos arcos que simulan por modo sintético el triple ábside. Revestidas las paredes de sepulturas, ofrecen ancho campo á los arqueólogos y á los curiosos descifradores de inscripciones. El recinto bajo, que sirve de base á la iglesia alta, ya descrita, es rectangular y está dividido en dos naves. Grandes arcos de herradura se apean en pilares con zapatas por capitel. Tal construcción, resto del monasterio mozárabe del siglo ix, estaba enlosada con sepulturas de abades y á ella introducía, dice Briz Martínez, un gran atrio bajo, repleto de tumbas.

Muy desagradable impresión se experimenta al penetrar en el panteón de los reyes, reformado por Carlos III. El paso del románico, severo, fuerte y de tonos oscuros, á los dorados y jaspes que en decoración teatral se amontonan en esta capilla, hierie

*ca ejus uxor, D. García Iñiguez, Doña Tota seu Tenda ejus uxor, D. Fortunio Garcés, D. Sanctius Garcés, Doña Galinda ejus uxor, D. García Ximenez II, D. García Iñiguez, Doña Eurraca ejus uxor, D. Sanctius Garcés Abarca I, Doña Tota Urraca ejus uxor, D. Garsia Sánchez Abarca, Doña Theresia Galindez ejus uxor, D. Sanctius Garcés Abarca II, Doña Urraca Fernández ejus uxor, D. García Sánchez, Doña Eximena ejus uxor, D. Gundisalvus Sánchez, Doña Caya I uxor regis D. Sancii Majoris, Doña Munia sive Elvira Castellæ Comitissa uxor II.ª ejusdem regis, Doña Felicia Sancii Ramir uxor, D. Ranimirus Sánchez, Doña Gilberga sive Ermisenda ejus uxor; D. Sanctius Ramírez, D. Petrus I, Doña Berta Agnes ejus uxor, D. Petrus et Doña Elisabet horum filii, D. Ferdinandus princeps et alii quamplures.*

Es el claustro de San Juan de la Peña (figuras 1 y 4) de lo más original y característico, por su disposición y emplazamiento. Hundido en la cueva, tiene por bóveda la roja masa de granito, lo que justifica la falta de cubierta. Sobre un *podium* ó banqueta general, se levantan las arcadas, sostenidas por grandes machos de contrarresto en los ángulos. Sólo dos alas se conservan, por desgracia, y las otras dos están suplidas por fábrica de ladrillo. Alternan las columnas pareadas con las sencillas en los lados mayores del rectángulo; y en los menores, á partir de un grupo de tres, que ocupa el centro, se repite la misma combinación. En los capiteles, inspirado cincel monacal esculpió bellamente las sagradas historias y avaloró los ábacos con sutiles entrelazados

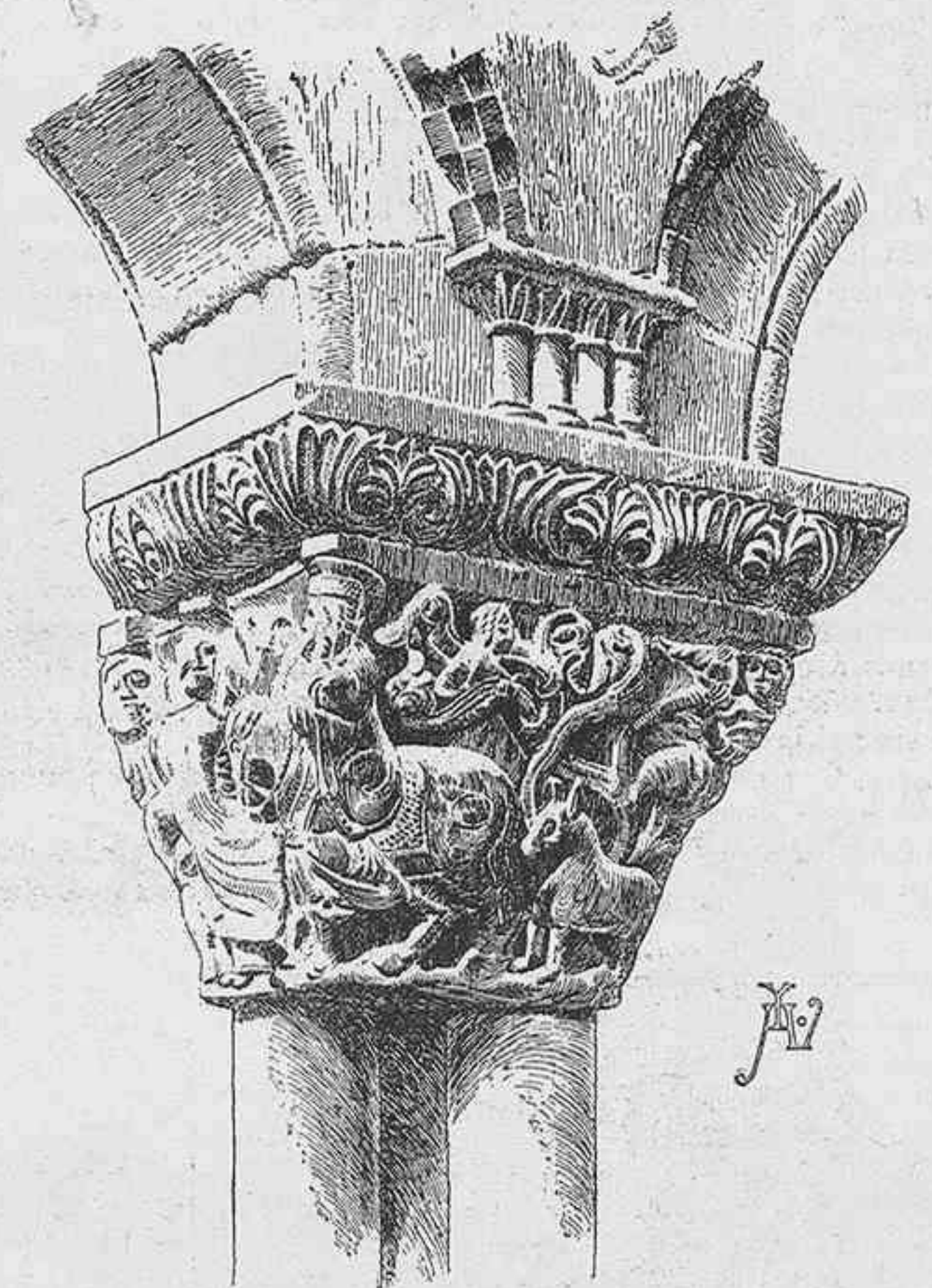


Fig. 5. - Capitel del claustro

quía española, el centro dictador de las libertades primero conocidas y de los más antiguos fueros! Aquellos fueros y libertades que ponían en boca de los ricoshombres, cuando la elección de Iñigo Arista, las conocidas palabras: «Nos, que valemos tanto como vos y que juntos podemos más que vos, os hacemos rey, si nos gobernareis bien; si no, no.»

IGNACIO A. VICENTE CASCANTE.  
(Dibujos del mismo.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

data de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
Casa GANDES 115, Boulevard des Capucines

**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
\* Célebre Depurativo Vegetal \*  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ias</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Roussseau, Paris.

PARÍS.—PARODIA DE «CHANTECLER»

EN EL TEATRO DE BA-TA-CLAN



Chantecler y el gato



El gato y la gallina  
La escena del bosque



Chantecler y la faisana

Pocas obras escénicas habrán dado tanto que hablar y que hacer como la última producción de Rostand, estrenada recientemente en el teatro de la Porte-de-Saint-Martin de París. Ya dijimos que el estreno de *Chantecler* venía constituyendo, desde hacía muchos meses, una verdadera obsesión para los parisienses y despertaba un interés excepcional.

La obra ha sido representada, y á juzgar por lo que dicen los periódicos el éxito ha sido grande, inmenso; pero acaso leyendo entre líneas lo que los críticos más conspicuos escriben, encontraríamos que, aparte algunas escenas realmente bellas y unas cuantas tiradas de versos verdaderamente hermosos, la impresión producida en el público por la extraña concepción del autor de *Cyrano de Bergerac*: no ha sido tan intensa como la crítica quiere darnos á entender, y que en el entusiasmo causado por *Chantecler* hay más de patriotismo y de amor propio que de sinceridad. Tratándose de una obra del que muchos conceptúan como el poeta francés contemporáneo por antonomasia, cuyas gestación, preparación y representación han durado siete años y para la cual se ha hecho una propaganda tan incesante como hábilmente dirigida, era preciso, si todos los que han tomado parte en esta labor preparatoria ha-

y cuyas escenas, amoldadas á las escritas por Rostand, constituyen una graciosa crítica del tan cacareado *Chantecler*.

bían de quedar airosamente, que el éxito uera excepcional. Y excepcional ha sido, en efecto, tanto que *Chantecler* ha transpuesto los límites del escenario en donde todas las noches deja oír su voz, y se ha impuesto, por decirlo así, en las más variadas manifestaciones de la vida parisiense. Ya han salido los sombreros *Chantecler*, la bisutería *Chantecler*, infinidad de objetos *Chantecler*, que se venden como pan bendito; hay tiendas, como una relojería abierta hace poco é instalada junto al teatro de la Porte-de-Saint-Martin, que ostentan en su muestra el famoso gallo; se ha inaugurado asimismo estos días en la Avenida Clichy un *music-hall* que lleva por título «Concert Chantecler,» con el imprescindible animal esculpido en el medallón central de la fachada; y por último, casi simultáneamente con el estreno de *Chantecler* en el mencionado coliseo, se estrenó en el teatro del Ba-ta-clan una parodia de la misma, que ha sido acogida por el público con regocijados aplausos, cuyos personajes, según puede verse en las fotografías adjuntas, visten de animales, como en la obra original, (Fotografías de M. Branger.)

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE**  
 CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 185, Rue St-Honoré, 185  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE de BLANCARD**  
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.  
 EXIGIR LA CIGARRA  
 APROBADAS por la Academia de MEDICINA  
 al IODURO de HIERRO INALTERABLE  
 DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES  
 Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**VINO AROUD**  
 INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS  
 CARNE - QUINA - HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.  
 El más activo y económico, el único inalterable.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
**DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que en vía gratis su curioso librito.